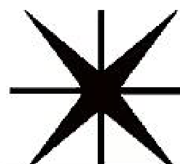


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

clark carrados

ELDORADO ESTELAR

Una enorme nave espacial, la
«Arch & Arrow»,
se dirige hacia el lejano planeta conocido como Eldorado, por suponer que su suelo está empedrado en oro y piedras preciosas. Nada más aterrizar, gran parte de la tripulación se amotina contra el capitán y parten cada uno por su cuenta, cegados por la codicia de hacerse ricos con los yacimientos que se esconden en el subsuelo del planeta. Sólo quedan en la nave, el segundo de abordo, la dueña de la astronave, Elisa Hyam, el capitán y dos tripulantes.

Pronto empezarán los problemas, tienen la sensación de ser vigilados y fugaces atisbos de un extraño ojo de pupila gigantesca que aparece y desaparece repentinamente. Los improvisados mineros son acechados por manadas de gigantescos lobos que después del ataque inicial desaparecen sin dejar rastro, incluso sus cadáveres abatidos por los disparos.

Al final descubren, que la verdadera riqueza de Eldorado no se encuentra bajo las piedras, sino en la atmósfera vigorizante del planeta, en su fértil suelo y en la protección invisible de un ser omnipresente llamado
Ku'Kh,
con cuatro cerebros, y enorme volumen físico, que le hace permanecer inmóvil confundido con el terreno.



Clark Carrados

Eldorado estelar

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 422

ePub r1.0

LDS 11.07.18

Título original: *Eldorado estelar*
Clark Carrados, 1968
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

El tercer cerebro de
Ku'Kh,
mientras los otros dos dormían, captó una señal de anormalidad en la distancia.
Ku'Kh
permaneció quieto, sin mover una sola célula de su inmenso corpachón. Aquella señal…

El tercer cerebro no guardaba sino una vaga memoria de un suceso análogo. A
Ku'Kh
le fastidiaba mucho molestar a su segundo cerebro, pero dado que, por el momento no se sentía capaz de identificar satisfactoriamente la señal, no le quedó otro remedio que hacerlo.

Enlaces invisibles e impalpables entraron en funcionamiento desde el tercer cerebro al segundo. El primero continuaba en descanso, en un sueño apacible que, por ahora, no parecía ser necesario turbar.

El despertar del segundo cerebro, una vez recibido el aviso del vigilante tercero, fue instantáneo, algo así como la luz encendida por medio de un interruptor. No hubo un pequeño período de duermevela embotada, no hubo luces grisáceas antes del alba.

El cerebro número dos de
Ku'Kh
estudió los sonidos y las imágenes que llegaban hasta él. Tras unos segundos de detenido análisis, llegó a una conclusión:

—Visto y oído anteriormente, hace cuatro revoluciones del planeta —dijo, mediante el sistema de comunicaciones internas.

—¿Peligroso? —preguntó

Ku'Kh.

—No, por ahora, pero convendría guardar precauciones. Primer cerebro guarda memoria de medidas adoptadas en ocasión precedente.

—Entonces, duerme —dijo Ku'Kh —. El tercer cerebro continuará vigilando.

El cerebro número dos se entregó al sueño instantáneamente, sin transiciones crepusculares. Ku'Kh continuó en el mismo sitio, completamente inmóvil, sin siquiera los movimientos naturales de la recepción de oxígeno y expulsión de anhídrido carbónico.

El tercer cerebro continuaba captando señales. A él le correspondía la vigilancia de Ku'Kh.

Empezó a pensar que un poco más de precauciones no le iría nada mal. Alguien extraño había llegado al planeta. Era preciso conocer sus intenciones, máxime cuando el cerebro número dos había informado de una situación análoga, producida cuatro revoluciones antes.

Lo que veía, pese a la agudeza de su sistema óptico, era todavía muy poco, Tras un par de microsegundos de reflexión, el cerebro vigilante decidió destacar un elemento captor de imágenes.

Así, Ku'Kh se sentiría más seguro y podría estar dispuesto a repeler cualquier ataque de los intrusos, caso de que se produjera. Por su bien, el tercer cerebro confió en que esto no llegara a suceder.

¿Había ocurrido en la ocasión precedente?

El cerebro número dos no había informado nada al respecto. Bien, ya le consultaría cuando Ku'Kh juzgase necesario despertarle. De momento, las prevenciones adecuadas estaban ya tomadas.

Algo se desprendió del corpachón de Ku'Kh y emprendió un apacible vuelo hacia la lejanía.

* * *

La enorme nave dio varias vueltas en torno al planeta, estudiando su superficie desde una cota gradualmente más baja. Por fin, Fel Coutts, capitán de la
«Arch & Arrow»
dio la orden de descenso.

Roger Mush, segundo de a bordo, se ocupó de las operaciones de toma de tierra. A través de los amplios ventanales del aparato, los tripulantes contemplaban ávidamente los menores detalles del planeta, que brillaba como una bola de plata bajo la luz de la estrella que era el sol que regía sus movimientos.

Minutos más tarde, la «A&A» se posaba suavemente en el suelo del planeta. Los instrumentos de la nave habían señalado ya su perfecta habitabilidad.

La atmósfera era normal, tipo Tierra. La gravedad era de 0,88 con respecto a la terrestre. El suelo y las plantas se veían a no mucha distancia del punto de parada, parecían completamente normales.

La escotilla se abrió. Una plancha inclinada se desplegó automáticamente.

—¡Por fin! —exclamó uno—. ¡Eldorado, aquí nos tienes!

Nigel Varga, de Comunicaciones, saltó al suelo, sin necesidad de usar la plancha.

—Somos los primeros en poner el pie en este planeta —dijo alegremente—. La verdad, había desconfiado de su existencia.

Varios tripulantes más saltaron al suelo. Uno se agachó y recogió un puñado de tierra, que luego dejó escurrir entre sus dedos.

—Bueno, ¿y quién dijo que Eldorado estaba empedrado de oro y piedras preciosas? —exclamó con acento decepcionado.

—No es sino una leyenda como cualquier otra —contestó Coutts, el capitán—. Lo que pasa es que nadie ha estado antes que nosotros aquí y, por lo tanto, tenemos derecho a posesionarnos del planeta y a declararlo como nuestro. Todo el que quiera venir, residenciarse, comerciar, explotar sus riquezas, establecer líneas de comunicación con la tierra y demás, deberá pedirnos permiso, de acuerdo con la ley del Espacio. Nosotros se lo concederemos… y cobraremos, naturalmente, los correspondientes derechos. Eso será lo que nos

hará ricos, muchachos.

Varios de los tripulantes le miraron con expresión de asombro.

—¿Cómo? Pero ¿no hemos venido a buscar oro? —preguntó Varga.

—Usted nos habló de que aquí había oro y diamantes a patadas —dijo acusadoramente Mill Raybum, tercer oficial.

—Eso fue lo que nos hizo alistarnos en su expedición, capitán —agregó Pierre Canné, radarista, con el ceño hosco.

—Yo no tengo madera de taquillera de cine, dispuesto a pasarme los días sentado, expendiendo billetes para todo el que quiera ir y venir de Eldorado —gruñó Varga—. No digo, que eso, a la larga, no produzca dividendos, pero ¿cuánto tardará?

—Años enteros —dijo Raybum—. De aquí a que se conozca la noticia en la Tierra, se alisten expediciones y empiecen a llegar e instalarse, pasará mucho tiempo.

—Sin contar con que no van a venir a bandadas, al menos en los primeros años. Antes de que eso suceda, pasarán por lo menos diez —declaró Canné rotundamente.

El capitán Coutts se dio cuenta de que estaba enfrentándose con el riesgo de un motín.

—Muchachos, sean sensatos —dijo procurando dar ejemplo de ponderación—. En este planeta, hay lo suficiente para que todos nos hagamos ricos. Sin embargo, no deben creer que la riqueza llegará por el simple procedimiento de agacharse y llenar un saco de diamantes o de pepitas de oro. Habrá que trabajar…

—¡Trabajar, qué asco! —dijo Félix Bottino, mayordomo y cocinero de la «A&A»—. ¡Precisamente si accedimos a formar parte de la expedición fue por no trabajar!

—Hemos estado casi un año en el espacio, buscando este maldito planeta —rezongó Raybum—. Todos hablaban de él, pero nadie lo había hallado. Ahora que estamos aquí, ¿usted nos habla de curvar el espinazo detrás de un arado?

Coutts quiso echar la cosa a broma.

—Bueno, que yo sepa, no hemos traído bueyes para tirar de ese arado, muchacho…

—Es lo mismo —cortó Bottino—. Yo me alisté con la condición de buscar oro y diamantes y nadie me hará desistir de mi primitiva intención. Así que, capitán, hágase la cuenta de que no me ha visto

en los días de su vida, ¿estamos?

Dicho lo cual, Bottino giró sobre sus talones y volvió a entrar en la nave, de la que salió a poco, cargado con una pesada mochila a la espalda y un trifusil de caza espacial en la mano izquierda.

Roger Mush contempló la escena desde uno de los ventanales. A Roger no le extrañó en absoluto lo que estaba sucediendo.

Hacía tiempo que lo veía venir. Los tripulantes de la nave no se habían recatado en ocultar sus sentimientos durante el largo viaje. El capitán Coutts podría tener los pies asentados en el suelo, pero su cabeza estaba en las nubes.

Coutts era un iluso, se dijo. Sólo un hombre como él podía hablar de colonización, propiedad del planeta y otras tonterías a sujetos que sólo ansiaban una fácil y pronta riqueza.

—¿Adónde va, Bottino? —preguntó Coutts.

—Por ahí —respondió el tripulante, haciendo un vago gesto con la mano—. En alguna parte, encontraré oro y diamantes.

—¿Sabe que puedo dar la orden de despegue y dejarlo aquí abandonado? —dijo el capitán.

Bottino sonrió irónicamente, a la vez que hacía saltar un objeto brillante en la palma de la mano derecha.

—Usted no despegará, capitán —contestó—. Ésta es la llave de conexión del cuadro de mandos al sistema principal de propulsión. La «A&A» es ahora un enorme pedazo de metal, eso es todo.

El rostro de Coutts enrojeció de ira.

—¡Usted no puede hacer eso! —gritó descompuestamente—. ¡Firmó un compromiso con la dueña de la nave…!

—Papeles sin valor —dijo Bottino cínicamente—. ¿Hay aquí abogados y tribunales que puedan someterme a juicio? Y, aunque así fuera, como llene un par de sacos de diamantes, compraré a los jueces, aquí o en la Tierra, tanto da.

—Pero… pero… supóngase que restablecemos la conexión y conseguimos despegar sin usted —dijo el capitán.

Bottino se encogió de hombros.

—Pueden largarse cuando gusten —respondió—. En Eldorado hay medios de vida suficiente… y cuando haya encontrado lo que deseo, ¿sabe?, en esta mochila llevo un par de bengalas espaciales. Antes de una semana tendría aquí unas cuantas naves para elegir la que me volvería a la Tierra de regreso… a mí y a mis sacos de oro y

diamantes. ¡Abur, tonto!

Sonó una estridente carcajada, que se expandió con burlones ecos por la llanura. Sin volver la cabeza una sola vez, Félix Bottino emprendió la marcha en busca de las riquezas.

Inmediatamente, se produjo una estampida general hacia la nave. El capitán Coutts quiso impedirlo, pero fue atropellado por los tripulantes ávidos de riqueza. Fue a sacar un arma, pero alguien le asestó un traidor golpe en la nuca y lo derribó inconsciente al suelo.

Roger Mush juzgó improcedente oponerse a la voluntad de aquellos individuos cegados por el ansia de riqueza. De haber empleado el capitán más energía, le hubiese ayudado incondicionalmente, pero la débil y poco convincente actuación de Coutts había sido la norma general durante el viaje y ahora era ya tarde para remediar las cosas.

Media hora después, la inmensa mayoría de los tripulantes habían escapado de la nave, provistos de lo necesario para sobrevivir una temporada en el planeta. Sólo quedaban en la «A&A», además de la dueña, Elisa Hyam, el capitán, su segundo, otro oficial llamado Ramón De Soto y un ayudante de transmisiones, de nombre Phil Brent.

Auxiliado por Brent, De Soto trasladó al capitán a su cámara y procuró reanimarle. A poco, Coutts recobró el sentido y empezó a quejarse amargamente de la deserción de unos hombres en quienes, dijo, siempre había confiado y a los que ahora consideraba despreciables traidores.

De Soto y Brent se cansaron de escuchar las quejas del capitán y salieron de su cámara. Eran dos hombres jóvenes, pero sensatos, y comprendían que la actitud de los amotinados no era la más adecuada en aquellos instantes.

—De Eldorado se cuentan muchas cosas buenas, pero no sabemos qué peligros encierra —dijo Ramón.

Brent asintió.

—Hubiéramos debido realizar una concienzuda exploración antes de asentarnos definitivamente —contestó.

—Sí, pero ya es tarde para lamentos. —Ramón miró en torno suyo—. Y este lugar no parece el más adecuado para instalar un campamento. Árido, pelado, sin una planta…

Brent tendió la mano a lo lejos.

—Allí me parece ver una cinta brillante, en medio de aquella mancha verde —dijo—. Debe de ser un río…

Bruscamente, se interrumpió. Una sonora exclamación se escapó de sus labios.

—¡Rayos!

—¿Qué te pasa, Phil? —preguntó Ramón.

Brent miró desconcertadamente a su alrededor.

—No sé. Me pareció ver un ojo gigantesco contemplándonos desde varios metros de altura. Era un ojo enorme, de lo menos cinco o seis metros…

Meneó la cabeza. Luego dijo:

—Quizá fue una ilusión mía. No me hagas caso, Ramón; me parece que estoy un poco nervioso.

De Soto sonrió.

—En este caso, creo que un poco de comida te tranquilizaría los nervios. Y el estómago, por supuesto. Vamos adentro y esperemos a ver qué decide el segundo. Ahora está hablando con la señorita Hyam.

CAPÍTULO II

El sistema auditivo de
Ku'Kh
era de una finura excepcional y pudo captar todo lo que decían aquellos seres recién llegados. En un principio, no entendió sus palabras, pero tras una rápida consulta a su memoria, acabó por identificar el idioma en que se desenvolvían.

El cerebro número tres de
Ku'Kh
debía conocer la mayoría de los idiomas que se hablaban en la Galaxia, para eso era el vigilante. Tras una rápida reflexión de varios microsegundos, el tercer cerebro llegó a la conclusión de que aquel lenguaje había sido escuchado en el planeta hacía ya cuatro revoluciones.

Sin embargo guardaba muy poca memoria del significado de sus palabras. Sabía lo que decían aquellos seres, pero no entendía distintamente sus frases.

Sólo se daba cuenta de una cosa: habían llegado al planeta en busca de algo que les iba a proporcionar una gran felicidad.

Oro y diamantes.

¿Qué eran oro y diamantes? ¿Qué significaban aquellas dos palabras?
Ku'Kh
tenía en sueño los cerebros números uno y dos, además del principal, el coordinador. El número tres no se atrevió a despertarlos. Algunos de aquellos tres restantes cerebros debía de saber, sin duda, qué eran oro y diamantes.

El elemento captor de imágenes las había recogido con el menor detalle, observándolas y grabándolas con absoluta fidelidad.

Cuando el despertar de
Ku’Kh
fuese total, el tercer cerebro las reproduciría para que los demás cerebros las estudiasen y establecieran las debidas conclusiones en orden a una posible defensa.

El cerebro número tres había invisibilizado el elemento captor de imágenes. No obstante, durante unos momentos de reflexión, había relajado la guardia y el objetivo quedó a la vista de dos de los recién llegados durante una fracción de segundo.

El tercer cerebro oyó las exclamaciones de Brent e, inmediatamente, puso en marcha de nuevo el sistema invisibilizador. El elemento captor de imágenes desapareció en el acto y el tercer cerebro se sintió mucho más tranquilo.

Los seres que se habían quedado en la llanura no parecían albergar intenciones hostiles. Pero ¿y los otros?

Por si acaso, sería mejor vigilar sus pasos.
Ku’Kh,
su tercer cerebro, destacó más elementos ópticos tras cada uno de los recién llegados.

Respecto a sus palabras, no había cuidado. El sistema auditivo era maravilloso.
Ku’Kh,
si lo deseaba, podía captar el menor sonido, aunque se produjese en los antípodas de su actual emplazamiento.

* * *

Con una bandeja en las manos y tras solicitar el oportuno permiso, Roger Mush entró en la cámara de la propietaria de la nave, Elisa Hyam.

Elisa yacía en su lecho, recostada sobre unos almohadones. Su rostro estaba tan blanco como las sabanas y su hermosa cabellera oscura pendía suelta sobre unos hombros cubiertos por la prenda de dormir.

El rostro de la joven aparecía demacrado, pero sus ojos empezaban a recobrar el brillo habitual. Al ver a Mush hizo un esfuerzo para sonreír.

—Celebro verle, señor Mush —dijo.

—Le he traído un poco de sopa, señorita —expresó el segundo oficial—. ¿Cómo se siente hoy?

—Un poco mejor —contestó ella—. Pero la enfermedad me ha dejado muy débil.

—Sí —convino Mush—, las fiebres plutónicas no son mortales, salvo en casos excepcionales, pero le dejan a uno planchado. Bueno —agregó—. Así ha conseguido la inmunidad para siempre. Tómese este tazón de caldo, ¿quiere?

Elisa se esforzó por sentarse en el lecho. El caldo estaba caliente y provocó una coloración en su cara.

—Ahora me siento casi nueva —dijo sonriente, al terminar—. Señor Mush, ¿cuándo cree que podré levantarme?

—Todavía tardará algunos días. No tenga prisa; a fin de cuentas, ya hemos llegado a Eldorado.

—¿Qué tal es el planeta?

—¡Psé! Normal y corriente. De oro y diamantes por el suelo, ni hablar, desde luego.

—Alguien se inventó la leyenda y el hecho, unido a que nadie hubiese conseguido encontrarlo, fue suficiente para cimentarla. Pero la riqueza en Eldorado no está en el oro y en los diamantes.

—Eso creo yo, aunque no todos son de nuestra opinión —contestó él.

Elisa le miró intrigada.

—¿Qué quiere decir, señor Mush?

Roger inspiró fuertemente.

—Señorita, usted es la propietaria y armadora de la nave —contestó—. Opino, por tanto, que debe saber lo que ha ocurrido.

—Me está amedrentando, señor Mush. ¿Por qué no habla claro de una vez?

—Bueno, en realidad, no hay para sentir temores. A fin de cuentas, el motín se ha producido sin apenas incidentes. Sólo el capitán ha recibido un golpe, pero ya se está reponiendo.

—¿Eh? —exclamó ella—. ¿Motín ha dicho?

—Sí. Lo inició el mayordomo… y le secundaron todos los demás, salvo De Soto y Brent.

Elisa estaba atónita.

—¿Y… qué más? —preguntó.

—Simplemente, nos han abandonado. Se han marchado a

hacerse ricos, así de sencillo.

—¡Pero ése no era el trato! —protestó Elisa con indignación—. Todos ellos sabían que tomaríamos posesión de Eldorado y que…

—Sí, lo sabían, pero si alguna vez tuvieron buenos propósitos, los han olvidado apenas pusieron el pie en el suelo. Coutts quiso detenerlos y alguien le dio un golpe para quitárselo de en medio.

Elisa dirigió la vista hacia la ventana de su cámara.

—Así que ahora estamos solos —murmuró.

—Solos. Bueno, quedamos cuatro hombres y usted. Pero nuestra situación no es buena.

—¿Hay peligros? ¿Animales, seres extraños, habitantes hostiles? —preguntó la muchacha.

Roger meneó la cabeza.

—No, al menos por ahora —contestó el segundo—. Pero Bottino se ha llevado la llave de la conexión del sistema principal de propulsión, basado, como usted sabe, en la orientación por la atracción gravitatoria de los planetas.

Elisa estaba aturdida.

—¿Cómo… cómo ha podido hacer una cosa semejante?

—Confieso que la culpa es mía —se acusó Roger—. Cuando estalló el motín, debía haber prevenido de una eventualidad semejante. Lo cierto es que no se me ocurrió.

—¿Y no hay otro medio de despegar? —preguntó ella.

—Ciertamente, podemos movernos en distancias planetarias, es decir, subatmosféricas, pero no podemos salir al espacio. Los motores auxiliares no dan para más, no tienen la potencia suficiente para alcanzar la velocidad de despegue. Sencillamente, ahora, la «A&A» es una aeronave vulgar y corriente.

Elisa guardó silencio unos momentos.

Luego dijo:

—Habrá algún modo de reproducir esa llave, señor Mush.

—Lo siento. Es un instrumento de alta precisión y carecemos a bordo de las herramientas necesarias para construir cualquier cosa con un error inferior a la milésima de milímetro.

—En resumen, que no podemos marcharnos de Eldorado.

—Por ahora, no; ésta es la verdad —admitió Mush llanamente.

Los ojos de la joven se humedecieron.

—Debí haber elegido mejor la tripulación —dijo—. Pero nadie

quería alistarse para un viaje de resultados más que dudosos.

—La culpa no es suya ni de nadie en particular —dijo Roger para consolarla. Sonrió—: Y, a fin de cuentas, ¿no es colonizar un planeta lo que pensábamos hacer?

—Sí, pero la leyenda… Señor Mush, dígame, ¿qué tal es Eldorado?

—Parece un buen planeta, pero ni siquiera hemos iniciado todavía su exploración. Cuando lo hayamos recorrido unas cuantas veces, podremos empezar a darnos una idea de sus posibilidades.

—¿Cuándo iniciará la exploración?

—De ninguna manera, antes de que usted esté completamente repuesta. No tenemos prisa alguna; hace poco que repusimos las existencias de comida y es lógico suponer que aquí encontremos animales y plantas comestibles.

Ella asintió.

—Así que el capitán Coutts no pudo dominar el motín —dijo.

—No. Y si le he de decir la verdad, yo tampoco quise oponerse a los sublevados. De haberlo hecho, tendría que haber empezado por disparar… y, francamente, no me gustaba la idea de matar gente. Confío en que acaben por convencerse de que lo mejor es seguir la idea primitiva y entonces vuelvan a la nave.

—¡Ojalá! —suspiró Elisa, reclinándose sobre los almohadones—. Señor Mush, deseo descansar un rato.

—Claro —contestó el joven, poniéndose en pie. Manejó el mando de polarización del ventanal y la cámara quedó sumida en una discreta penumbra—. ¿Quiere que la llamemos a una hora determinada?

—No, gracias; ya les avisaré cuando me despierte.

Roger salió de la cámara y cerró la puerta. Dejó la bandeja en la cocina y se dirigió al comedor, donde Brent y De Soto consumían sendas tazas de café, el uno frente al otro.

—Siéntese, señor Mush —invitó De Soto—. Phil, ponle una taza de café.

Roger bebió el café en silencio. Los dos tripulantes le contemplaban expectantemente.

—¿Qué dice la señorita Hyam? —preguntó De Soto al cabo de unos minutos.

—Todavía está muy débil. La noticia de la sublevación, por

supuesto, no le ha agradado nada.

—Me lo imagino —terció Brent—. Señor Mush, ¿qué haremos después?

—Opino que el punto de aterrizaje no está bien elegido —contestó Roger—. Ahora, la señorita Hyam está dormida. Cuando despierte, le consultaré la conveniencia de trasladarnos a un lugar más propicio.

—Hemos visto un río y árboles a unos cinco o seis kilómetros de distancia —dijo De Soto.

—Entonces, nos trasladaremos allí —decidió Roger—. Es decir, suponiendo que el capitán Coutts no tenga nada que oponer.

Brent hizo una mueca de desprecio.

—Siento hablar así de un superior —manifestó—, pero la verdad es que no era el capitán adecuado para la «A&A», señor.

—Ella no tenía mucho donde elegir —sonrió Roger—, y con ello no quiero ofenderles a ustedes…

—A mí me parece que usted sí habría sido mejor comandante que el capitán Coutts —dijo De Soto con vehemencia.

—Quizá, pero da la casualidad de que me reprobaron en los últimos exámenes y no pude conseguir mi patente de capitán de astronave. Deberé pasar tres años más en el espacio antes de poder solicitar un nuevo examen.

—Pues lo que es experiencia no le falta —gruñó Brent.

—Puede que sí, pero los señores de la Comisión de Astronáutica Estelar no tenían la misma opinión que usted, Phil —dijo Roger.

—La rectificarán cuando sepan que, merced a su trabajo de navegante, hemos conseguido dar con el planeta inhallable. Todos buscaban a Eldorado, pero nadie sino nosotros logró encontrarlo —afirmó De Soto.

Roger asintió. Su rostro expresó pronto preocupación.

—Muchos hablaban de Eldorado, en efecto —convino—. Decían que había oro y diamantes en las cantidades que uno deseara, pero ¿de dónde vino esa leyenda?

—Siempre que se hacen nuevos descubrimientos, surge la leyenda de un Eldorado, señor —dijo De Soto.

—No —contestó Roger—. En esta ocasión, no fue así. Nadie arma una expedición para buscar directamente un planeta mítico. Salvo usa chica joven y muy bonita, llamada Elisa Hyam.

—¿Qué quiere decir con eso, señor? —preguntó Brent.

—Sencillamente, que sospecho que Elisa conocía la auténtica existencia de este planeta. Es cierto que yo he sido el navegante y logré dar con él, pero…

Los dos tripulantes le contemplaban con ansiedad mal disimulada. Roger hizo un movimiento con la cabeza y añadió:

—Probablemente no son más que figuraciones mías. En todo caso, más que conocer su auténtica existencia, nos hubiera convenido que conociese sus características. Necesitaríamos un experto, pero como no lo tenemos, habremos de adquirir nosotros mismos la experiencia que nos falta, para poder sobrevivir.

—¿Tan mal ve usted la cosa, señor? —preguntó Brent.

—No soy pesimista por naturaleza, pero, después de lo ocurrido, convendría que estuviésemos preparados para lo peor.

—En la nave hay armas —dijo De Soto.

—Por si acaso, más vale que las tengan a punto —aconsejó Roger.

Luego se puso en pie.

—Voy a ver al capitán —dijo—. Quiero pedirle permiso para trasladar la nave a otro lugar más conveniente.

CAPÍTULO III

Pierre Canné se había aliado con un tal Joshua Strong, acordando ambos formar sociedad para repartirse al cincuenta por ciento todo cuanto de valor encontrasen en la superficie o en el subsuelo de Eldorado. Los dos hombres caminaban juntos, las mochilas a la espalda y los rifles del espacio en la mano.

Una hora después de haber abandonado la nave, Canné y Strong llegaron a la orilla de un anchuroso río, cuyas aguas fluían mansamente entre una doble hilera de árboles de frondosa copa, de apariencia muy semejante a la terrestre. Los dos hombres se dispusieron a iniciar la travesía, no a nado, sino por medio de los pequeños elementos propulsores que llevaban en las mochilas. Los cohetes les elevaron en el aire, a media docena de metros, y una adecuada orientación de los mismos les permitió la travesía sin incidente alguno.

Continuaron su camino. De pronto, Strong percibió una extraña sensación.

—Pierre —dijo.

—Dime, Joshua —contestó el otro distraídamente.

—Creo que… nos están siguiendo.

Canné se volvió hacia su compañero.

—¿Quiénes? —preguntó.

—No lo sé. —Strong se frotó los labios con el dorso de la mano —. Quizá no sea más que una aprensión mía, pero… Oye, ¿no estará habitado este planeta?

Canné se echó a reír de los temores de su compañero.

—¿Qué te pasa, Joshua? ¿Acaso temes ver surgir de pronto a una banda de salvajes ululantes, con arcos, flechas, venablos y escudos pintarrajeados?

—Hombre, tanto como eso… —dijo Strong, molesto por las burlas de su compañero—. Pero me siento nervioso, créeme.

—¡Bah, tonterías! Vamos, sigamos adelante.

Strong se descolgó el rifle espacial del hombro, poniendo sus tres cañones en estado de funcionamiento. Era un arma especial, construida de una aleación ligerísima, lo que le restaba peso, con la cual un hombre podía defenderse en la inmensa mayoría de las ocasiones.

Uno de los cañones disparaba balas corrientes; el segundo, granadas de centímetro y medio de calibre y de elevado poder explosivo y, en fin, el tercero contenía hasta seis cargas desintegrantes. Pese a todo, el artefacto necesitaba de un minúsculo dispositivo antigravitatorio, accionado por una pila de duración prácticamente ilimitada, que reducía su peso total, así como el de las municiones, a una cuarta parte del real.

El arma era ideal para exploraciones en planetas desconocidos. Los dos hombres avanzaron con los fusiles dispuestos, a través de la floresta, sin que, por fortuna, se cumplieran las aprensiones de Strong.

Al cabo de una hora, salieron a terreno despejado. Era una zona ondulada, con pequeños valles y cañadas, cubierta casi por completo de hierba y con algunos arbustos de escasa elevación. Al fondo, muy lejos, se divisaban las cimas nevadas de una cordillera que parecía tener gran altitud.

De repente, Strong volvió a notar aquella extraña sensación. Detuvo su paso y se quedó inmóvil.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó Canné de mal talante, maldiciendo en su interior por haber elegido como compañero a un sujeto tan aprensivo.

Strong no contestó. Creía sentir en su nuca la taladrante mirada de un ser extraño, cuya forma física no alcanzaba a imaginarse siquiera.

Súbitamente, giró sobre sus talones y miró hacia atrás.

Un alarido de espanto se escapó en el acto de sus labios.

—¡Pierre, mira! ¡Mira allí, suspendido en el aire!

Canné se volvió. Durante unos segundos, se sintió invadido por el más absoluto terror.

El ojo que les vigilaba desapareció instantáneamente, tras un

leve «pof» apenas perceptible. Pero los dos hombres habían podido darse cuenta de sus gigantescas dimensiones, tan grande como uno de ellos y de una expresión cruel y despiadada, que les llenó de pánico.

—¡Dios mío! —exclamó Strong—. ¿Qué clase de extraños monstruos pueblan este planeta?

* * *

El tercer cerebro de
Ku'Kh
continuaba su misión de vigilancia. Los demás cerebros continuaban con su apacible sueño.

El cerebro vigilante destacó tantos elementos ópticos como seres o parejas de seres habían desembarcado del artefacto que había llegado del espacio. En sus circunvoluciones quedó grabado un tema común a todos aquellos seres, que parecía obsesionarles como si no existieran otras cosas más interesantes en el planeta: oro y diamantes.

El cerebro número tres estaba convencido de su inferioridad y por ello no quiso despertar a los restantes. De todas formas, aún por sí solo podía batir a aquellos seres, si lo juzgaba necesario o estimaba que podía producirse una situación que pusiera en peligro a su cuerpo.

Lo único que le enojaba un poco era que no conseguía dominar por completo sus reflejos. En un par de ocasiones, aflojados los controles, sus elementos ópticos se habían hecho visibles, provocando la alarma y el susto en algunos de aquellos seres bípedos e inteligentes llegados a su mundo.
Ku'Kh,
por mediación de su tercer cerebro, sabía que le convenía, por el momento, pasar desapercibido.

Aún no sabía si tendría que expulsar a los seres o establecer relaciones amistosas con ellos. Antes de tomar una decisión, era preciso observar con detenimiento su manera de comportarse.

Una vez más, el tercer cerebro se preguntó: «¿Qué son oro y diamantes?».

Era preciso resignarse y esperar a que los demás cerebros

hubieran dado por concluido su período de descanso.

* * *

Ramón De Soto se acercó a la orilla del río y dijo:

—¿Habrá peces comestibles?

—Es posible —contestó Brent—. El río parece enteramente terrestre…

—Sí, pero no es terrestre. Recuerdo un amigo mío, que se encontró cierta vez ante una situación semejante. El susto que se llevó…

De Soto se echó a reír.

—Fue en Tixinar, cuarto planeta del Décimo Sistema de Aldebarán. En resumidas cuentas, los habitantes inteligentes de Tixinar eran peces. Imagínate qué sorpresa recibió cuando el pez empezó a insultarle con sus peores epítetos.

—De todas formas, el pez no sería muy listo si picó en el anzuelo —contestó Brent riendo.

Sonaron pasos en las inmediaciones. Los dos hombres se volvieron.

El capitán Coutts caminó hacia la orilla del río. Una vez allí, se sentó en un tronco derribado y escondió la cabeza en las manos.

—Se siente anonadado —murmuró Brent.

—Para él ha representado un choque terrible el motín —dijo De Soto—. Eso ha tenido que alterar su mentalidad de un modo extraordinario.

—Si se hubiera mostrado más enérgico durante algunas ocasiones del viaje…

—Es ya tarde para reproches. Con Coutts no se puede contar, está visto. Ahora, lo que interesa es que Elisa Hyam se reponga cuanto antes. Ella tomará una decisión.

—Oye, Ramón —dijo Brent—, ¿será cierto que ella conocía la existencia de Eldorado?

—No lo sé, pero pocas personas he visto con su fe —respondió De Soto—. Para nosotros, era sólo una especie de fábula lejana; en cambio, ella dio siempre por sentado la existencia de este planeta. En todo caso, si sabía o no algo, poco importa. Ya estamos en Eldorado, ¿no?

—Sí, pero ¿dónde están el oro y los diamantes?

De Soto se inclinó, agarró un puñado de tierra y hierba y lo arrancó de un tirón. Luego se incorporó y abrió la mano:

—Aquí no hay ni oro ni diamantes —dijo—. Pero te aseguro que si hubiera de quedarme aquí, sacaría al menos tres cosechas anuales.

—Con lo que podrías comprar todo el oro y los diamantes que quisieras —rió Brent.

De Soto tendió la vista a su alrededor.

—Con maquinaria adecuada, yo instalaría aquí una granja gigantesca…

Una luz empezó a chispear de pronto en el fuselaje de la astronave.

—Ramón —dijo Brent—, parece que el segundo nos llama.

—Avisa al capitán —contestó De Soto, mientras echaba a correr.

En pocos momentos, llegó a la nave y entró en su interior. Cuando llegó a la cabina de mandos, vio a Roger Mush contemplando una de las pantallas detectoras.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó De Soto aguadamente.

Roger tardó algunos segundos en contestar. De Soto observó que el rostro del oficial expresaba una clara preocupación.

—No sé —dijo Roger al cabo—. Me pareció haber observado en la pantalla un ojo gigantesco, flotando en el espacio, que nos observaba con singular atención. Pero no estoy muy seguro de ello, dado que la visión ha durado apenas una fracción de segundo…

Brent entró en aquel instante.

—Señor, el capitán Coutts se niega a volver a la nave —informó.

Roger se volvió hacia el tripulante.

—No se encuentra muy bien, ¿verdad?

—Así es, señor. El motín le ha afectado muchísimo y para mí que su cabeza no rige correctamente.

Roger hizo un gesto de desagrado.

—Hasta el médico, que era el único que podía haberle curado, nos ha abandonado, alucinado por la leyenda del oro y los diamantes —dijo enojadamente—. En fin, no nos queda otro remedio que esperar a que se le pase… y vigilar.

Explicó a Brent su visión. Brent se quedó perplejo:

—¿Un ojo que flotaba en el espacio? —repitió—. En ese caso,

debe de pertenecer a un ser de características extraordinarias.

—La diversidad morfológica de los seres que pueblan la Galaxia es absoluta —dijo Roger sentenciosamente—. Recuerdo que en Bolkanno, cierto planeta de…

Roger se interrumpió. Una luz centelleó vivamente en el cuadro de mandos.

—¡Es la señal de la radio de socorro! —exclamó De Soto.

Roger dio el contacto presurosamente. Una voz irrumpió de súbito en la cabina:

—¡Capitán! ¡Capitán Coutts! ¡Soy el doctor Moreno! ¡Acudan en mi socorro, pronto! ¡Estoy siendo atacado por una manada de fieras! ¡Parecen lobos, enormes… gigantescos…! ¡Mi fusil apenas puede contra ellos! ¡Corran, pronto!

Roger tomó el micrófono.

—Doctor, soy el segundo Mush. Indíquenos su posición, rápido. No se entretenga…

—Estoy en un grupo de rocas, a unos veinte kilómetros al sur del punto de toma de tierra… ¡Por favor! ¡Ya no puedo resistir mucho tiempo! ¡Son centenares…!

Roger hizo una seña con la mano.

—Acudiremos ahora mismo, doctor —contestó—. Aguante todo lo que pueda. —Cortó la comunicación y ordenó—: Ramón, quédese vigilando la nave. Usted, Phil, aliste uno de los botes, mientras yo preparo los rifles.

—Sí, señor.

Brent abandonó la cabina a la carrera. Roger se dirigió a la armería y sacó dos rifles y un par de bolsas de lona con municiones. Tomó luego un maletín con elementos de primera cura y se dispuso a tomar el pasillo que conducía a la escotilla de acceso a uno de los botes auxiliares de la «A&A».

Una voz pronunció su nombre en aquel momento.

—¡Señor Mush!

Roger abrió la puerta de la cámara donde yacía Elisa. Ella preguntó:

—He oído gritos de alarma. ¿Qué sucede?

—El doctor Moreno está siendo atacado por un grupo de fieras —respondió Roger—. Brent y yo vamos a salir inmediatamente en su auxilio. De Soto se quedará vigilando la nave.

—Tenga cuidado —advirtió Elisa—. Esas fieras son muy peligrosas.

Roger se quedó mirando a la joven. ¿Cómo podía ella saber que las fieras eran peligrosas?

No había más que una explicación posible; pero no era aquél el momento adecuado para entregarse a especulaciones.

—Lo tendré en cuenta, señorita —contestó—. Gracias por su advertencia.

Corrió a lo largo del pasillo, hasta alcanzar el final, donde había una escalera vertical, de peldaños metálicos, que daba a una escotilla redonda, situada en el techo.

—¡Phil! —llamó.

Brent asomó por la escotilla. Roger le entregó las armas y las municiones y luego pasó al interior del bote.

La abertura se cerró. Brent soltó las amarras magnéticas que mantenían pegado el bote al casco externo de la nave e, inmediatamente, puso en marcha los motores.

El bote despegó con suavidad al principio, para adquirir en pocos instantes una enorme velocidad. Siguiendo las indicaciones de Roger, Brent orientó el aparato en la dirección requerida.

Cinco minutos más tarde y en el centro de una vasta llanura, divisaron un enorme grupo de rocas de forma extraña. Parecían ser el resultado de la labor de algún escultor de mente disparatada.

Brent sobrevoló el roquedal a escasa altura. Unos minutos más tarde, extrañado, preguntó:

—¿Seguro que era aquí donde estaba el matasanos? Porque mi vista sigue siendo magnífica… y no veo rastro del doctor ni de los lobos gigantes que le atacaron.

CAPÍTULO IV

Roger se sentía tan desconcertado como el tripulante.

El roquedal aparecía desierto, lo mismo que la llanura circundante. No había el menor rastro de vida humana, o animal.

—Aterrice ahí —indicó de pronto, señalando una alta roca, de cima plana.

El aparato tomó tierra suavemente. El lugar elegido estaba casi en el centro del grupo de rocas y en uno de los puntos más elevados.

Roger saltó fuera de la navecilla, con el fusil en la mano. Brent le siguió en el acto.

El silencio era absoluto. Roger paseó la mirada a su alrededor, contemplando atentamente el panorama.

Las rocas tenían un color singular, en el que predominaba un verdoso sucio, con algunas estrías brillantes. Sopló un poco de viento y se oyó un silbido tétrico, lamentoso.

—¿Está seguro que nos hallamos en el sitio donde el médico fue atacado? —preguntó Brent.

—Dijo veinte kilómetros al sur de donde habíamos aterrizado —contestó Brent—. Yo le guié a usted, teniendo en cuenta que el doctor Moreno no sabe que hemos cambiado de emplazamiento. Pero, de todas formas no hemos visto en ninguna parte más que aquí otro grupo de rocas como el que él nos señaló.

Brent asintió. De pronto, oyeron un ruido extraño a pocos metros de distancia.

El golpe se repitió varias veces. Los dos hombres volvieron la vista hacia el lugar de donde procedían los sonidos.

Roger indicó silencio a su acompañante. Descendieron unos cuantos metros, rodearon un enorme monolito rocoso, salieron a

una especie de plazoleta de pequeñas dimensiones y vieron al médico.

El doctor moreno no se apercibió de su presencia. Vuelto de espaldas a ellos, arrodillado en el suelo, golpeaba las rocas con un martillo de geólogo.

Roger y Brent intercambiaron una mirada de extrañeza. Al fin, el joven, decidiéndose, dio dos pasos hacia adelante y dijo:

—¡Doctor! ¡Doctor Moreno!

El médico se volvió y les miró con ojos en los que brillaba un extraño resplandor.

—¿Quién dijo que en Eldorado no había oro? ¡Miren, miren! —exclamó jubilosamente.

Se puso en pie de un salto y enseñó una piedra del tamaño de un puño, de color amarillo verdoso y muy brillante.

—Fíjense, fíjense… Oro en estado nativo, de casi absoluta pureza… ¡Este roquedal es de oro! ¿Se dan cuenta del descubrimiento que he hecho?

Los ojos del médico brillaban casi como la piedra que tenía en la mano. Roger le contempló con expresión severa.

—Doctor, si mal no recuerdo, usted llamó a la «A&A» pidiendo socorro, porque le atacaban unos lobos gigantes. ¿Qué pasa, vio visiones… o los ha matado a todos?

El doctor Moreno le contempló con aire ausente.

—¿Lobos? Ah, sí, ahora lo recuerdo… Bueno, algo los espantó y se marcharon todos… Pero, en medio de todo, fue mi suerte, porque uno de mis disparos hizo volar por los aires trozos de roca y cuando vi su brillo… ¡Señor Mush, aquí hay miles de toneladas de oro! ¡Y todas son mías! ¿Comprende? Yo he descubierto este yacimiento y lo denuncio como de mi propiedad…

—Deje el oro en paz de una vez —le increpó el joven ásperamente—. Estábamos hablando de las fieras. ¿A cuántas mató usted?

—¿Matar lobos? Pues… sí, hice algunos buenos blancos con el cañón de quince milímetros. A otros los desintegré…

—De modo que algunos de los lobos murieron. ¿Dónde están sus cuerpos?

Moreno se pasó una mano por la frente.

—Es extraño —murmuró—. Créanlo o no, fui atacado por una

manada de lobos compuesta al menos por doscientos ejemplares. Eran enormes, casi como caballos… Hubieran podido cortarme una pierna de una sola dentellada.

»Al verlos, yo corrí en busca de refugio. Alcancé este grupo de rocas y busqué el punto más alto. Pero ellos también trepaban y… Bueno, la verdad es que me vi en un serio aprieto. No se asustaban por mis disparos y… De pronto, algo los espantó y les obligó a huir… Francamente, señor Mush, ignoro la causa de su pánico.

—Pero ¿y los cadáveres de los que alcanzó usted con el fusil? —insistió Roger—. ¿Dónde están?

El doctor Moreno paseó la mirada a su alrededor.

Roger apreció claramente la expresión de desconcierto que aparecía en el rostro del galeno.

—Los… los lobos… muertos… —balbuceó—. Estaban por ahí sus cadáveres… por todas partes… Había una docena al menos… Yo… yo vi el brillo del oro y me sentí a salvo cuando los demás huyeron, así que no me preocupé de más…

—Doctor —terció Brent—, ¿no cabe la posibilidad de una alucinación, que le haya hecho ver unos lobos gigantes que no existían salvo en su mente?

—¡Por todos los…! ¡No hay alucinación! —gritó Moreno—. Vi los lobos, disparé contra ellos, destrocé a doce o catorce a tiros… ¡No, no hay alucinación, insisto!

—Está bien, está bien —dijo Roger, tratando de mostrarse conciliador—. De una manera u otra, los cadáveres de los lobos desaparecieron. Admitámoslo como un misterio que algún día desvelaremos. Ahora, hablemos de otra cosa, doctor.

—¿Señor Mush?

—El capitán Coutts no se encuentra muy bien. El motín le ha hecho perder momentáneamente la razón. Convendría que lo examinara… y no olvide que la señorita Hyam sigue aún el proceso de convalecencia.

Moreno apretó los labios.

—A Coutts denle un calmante; se le pasará en unas horas. En cuanto a la chica, está ya curada. Dentro de dos o tres días, podrá darse sus primeros paseos.

Roger se quedó atónito.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Se niega a venir?

—Sí, me niego. —La mano de Moreno señaló las rocas—. Mi puesto está aquí, en este yacimiento de oro, que me hará inmensamente rico. ¿Para qué diablos se creen que acepté alistarme en esta expedición?

Brent hizo un gesto de cólera, pero Robert le contuvo oportunamente.

—Calma, Phil —aconsejó—. Con la violencia no arreglaremos nada.

—Pero es que este granuja… —protestó Brent.

—Déjelo, no insista. Doctor —se dirigió al galeno—, ¿tendría usted inconveniente en darnos una muestra de ese oro? En la nave tenemos un pequeño laboratorio, donde haremos un análisis y estableceremos un porcentaje de la riqueza de oro por tonelada de mineral.

—¡Ningún inconveniente! —rió Moreno—. Llévense el que le apetezca, diez, veinte, cincuenta kilos… ¡Aquí hay miles de toneladas y puedo permitirme el lujo de la generosidad!

Roger se inclinó y recogió del suelo un pedrusco algo mayor que su mano.

—Gracias, doctor; con esto tenemos más que suficiente. Ya le llamaremos cuando hayamos hecho el análisis.

—Por cierto —intervino Brent—, ¿qué hará cuando se le acaben las provisiones?

—Iré a la nave, naturalmente —respondió el médico—. Allí me proveeré de cuanto necesite.

—A peso de oro, claro.

Moreno frunció el ceño.

—Tengo derecho…

Roger le interrumpió bruscamente. Acababa de fijarse en un detalle que llamó su atención de manera singular.

—Doctor, a usted le interesaba guardar el secreto de su yacimiento de oro, ¿no es cierto?

—Por el momento, sí, señor Mush.

Roger alargó la mano y presionó un interruptor situado en uno de los atalajes de la mochila del médico, de la que no se había despojado todavía.

—Temo que su secreto ha sido divulgado a los cuatro vientos —dijo—. Usted abrió la radio para pedir socorro, pero se olvidó luego

de cerrarla. Lo más probable es que alguien haya oído nuestra conversación, así que guarde su oro con todo cuidado. ¿Vamos, Phil?

El médico se quedó tan sorprendido, que no tuvo tiempo de replicar a las palabras del segundo oficial de la «A&A». Cuando quiso decir algo, Roger y Brent saltaban ya de roca en roca, dirigiéndose al bote espacial, que despegó a los pocos instantes.

Mientras Brent pilotaba el aparato, Roger examinaba con atención el pedrusco. Su frente aparecía surcada por un profundo pliegue que denotaba preocupación.

—Señor —dijo Brent de pronto.

—Diga, Phil —contestó el joven.

—¿De veras cree que el doctor vio los lobos gigantes? ¿No sufrió algún desvarío que…?

Roger se echó hacia atrás en el asiento y tendió la mirada a lo lejos.

—No lo creo —respondió—. La desaparición de los supervivientes y de los cadáveres es un enigma que no nos alcanzamos aún a explicar, pero no cabe la menor duda de que, si no lobos, vio fieras peligrosas. Elisa Hyam me advirtió que tuviera cuidado. Y deduje por sus palabras que conocía la existencia de esos animales.

—Eso significa que ha estado en Eldorado antes de ahora —exclamó Brent sorprendido.

—Exactamente —confirmó Brent.

* * *

La «A&A» era una nave grande y, forzosamente necesitaba una gran tripulación. Óscar Ditz y Milo Knutten habían formado parte de esa tripulación hasta que se produjo la estampida en busca del hipotético oro de Eldorado.

Por casualidad, Knutten tenía abierta su radio y captó la conversación del segundo Mush con el doctor Moreno. Ditz estaba a unos pasos de distancia, examinando unos objetos brillantes que había descubierto en el suelo, y Knutten le hizo señas con la mano de que se le acercara.

Ditz accedió. Los dos, en el más profundo silencio, escucharon él

diálogo.

Cuando Roger se hubo despedido del doctor Moreno, Ditz alargó la mano y cerró el interruptor de la radio de su compañero.

—Estás pensando lo mismo que yo, Milo —dijo.

Knutten emitió una sonrisilla plena de malicia.

—¿Eres telépata, Óscar? —contestó.

—Bueno, el matasanos ha encontrado un yacimiento de oro —manifestó Knutten—. Por supuesto, no querrá compartirlo con nadie, que es lo que haríamos nosotros en su caso.

—Temo que la oratoria no servirá de nada —suspiró Ditz.

—Eso creo yo —convino el otro—. Pero ¿para qué matarse trabajando, si ya hay alguien que ha solucionado nuestro problema?

—Estoy conforme contigo. —Ditz palmeó significativamente la culata de su rifle espacial—. Ésta es la mejor herramienta, ¿no?

—Justamente. Oye, Oscar, ¿habías encontrado algo cuando te llamé?

—Vi unas cosas brillantes, pero no me parece que tengan importancia. Yo diría que es cuarzo impuro…

—A ver —pidió Knutten.

Ditz le enseñó aquellos trozos de cristal de roca, de forma sumamente irregular y de escasa transparencia. Knutten tomó uno, lo examinó atentamente y luego lo lanzó despectivamente a un lado, diciendo:

—¡Bah! ¡No serviría ni para el adorno de un sendero empedrado en el jardín de mi casa terrestre! ¿Vamos, Oscar?

—Andando, Milo.

Los dos hombres emprendieron la marcha hacia el punto donde suponían se hallaba el doctor Moreno. Varias horas después, divisaron en lontananza el grupo de rocas donde el galeno se había defendido de los ataques de los lobos gigantes.

Knutten recordó las llamadas de auxilio del médico y se sintió aprensivo.

—Oye, Oscar, ¿crees que es verdad eso de los lobos gigantes? —preguntó repentinamente.

Ditz se encogió de hombros.

—El doctor Moreno es muy dado a fantasías —contestó—. Bueno, ya tenemos el grupo de rocas a la vista. ¿Qué hacemos, Milo?

Knutten reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Tú vete por la izquierda y yo iré por el lado contrario. De este modo, le sorprenderemos entre dos fuegos, por si nos viera antes de tiempo y quisiera darnos un disgusto.

—Conforme.

Los dos tripulantes se separaron unos centenares de metros. Luego, cautelosamente, empezaron a acercarse a las rocas, siguiendo una dirección convergente.

Knutten maniobró de modo que el grupo de rocas le ocultase pronto de la vista de su compañero. Luego buscó un lugar adecuado y emprendió la ascensión.

Minutos después, se asomó a una roca y vio al médico en el fondo de una pequeña hondonada, afanándose como un loco con un martillo de geólogo. Knutten se retiró inmediatamente a lugar seguro, buscando un punto desde el que pudiera vigilar la hoya sin ser visto.

Revisó cuidadosamente su trifusil. Era preciso realizar la operación sin el menor fallo.

De pronto, vio al otro lado de las rocas una cabeza que se asomaba cautelosamente. Knutten se escondió, mirando solo con un ojo por el lado de la roca tras la que se guarecía.

Oscar Ditz se arrastró unos cuantos pasos, con el fusil en las manos. El médico, en cuclillas y de espaldas a él, golpeaba afanosamente las rocas con su pico.

Detrás del doctor Moreno había un gran montón de pedruscos, que despedían un brillo singular. Los ojos de Ditz relucieron cuidadosamente.

Tendió el trifusil y apuntó con todo cuidado. Lentamente, su dedo índice fue presionando el gatillo del fusil normal, hasta que le sorprendió el tiro.

Moreno dio un salto convulsivo y cayó de bruces. Movió un poco los pies y luego se quedó quieto.

Ditz se puso en pie, exhalando un grito de salvaje júbilo.

—¡Milo! ¡Problema resuelto! —gritó.

Y empezó el descenso, saltando de roca en roca.

Pronto llegó a la hondonada. Agachándose, tomó uno de aquellos pedruscos brillantes y lo contempló, con ojos enfebrecidos por la codicia.

—Esto está lleno de oro —dijo—. Nos haremos ricos, inmensamente ricos… —De pronto se dio cuenta de que aún estaba solo y miró a su alrededor con gesto perplejo—. ¡Milo! ¡Milo! ¿Dónde te has metido?

Naturalmente, Knutten no quiso contestar. Le interesaba sobremanera guardar el incógnito.

Muy despacio, asomó su trifusil, eligiendo el desintegrante.

—Es una lástima que haya de desperdiciar una salva atómica —murmuró, en el momento de apretar el disparador.

Ditz se convirtió en humo, sin saber qué le había ocurrido. Knutten soltó una carcajada satánica.

—¡Imbécil! ¿Creías que compartiría contigo esa enorme fortuna?

Y luego hizo desaparecer, de otro disparo desintegrante, el cuerpo del galeno.

—No me gustan los muertos como compañía —dijo, a guisa de colofón.

CAPÍTULO V

Los cerebros de
Ku'Kh
continuaban su descanso, salvo el tercero, al que se encomendaban las funciones de vigilancia.

El cerebro número tres sentíase perplejo. Por mediación de uno de los elementos ópticos destacados para vigilar a dos de los extraños había podido contemplar sus acciones, sin perder el menor detalle y sin que, por ello, dejara tampoco de registrar el menor de los actos de los otros seres.
Ku'Kh
no había visto nunca nada semejante. Un oscuro instinto le dijo que las armas empleadas por los extraños poseían una fuerza enorme y podían cortar el hilo de la existencia de un ser viviente y aun hacerlo desaparecer.

Pero
Ku'Kh
poseía un elevado sentido acerca de lo que era el bien y el mal y comprendió que lo que había hecho uno de aquellos extraños violaba ciertas normas inmutables en cualquier lugar y circunstancia.
Ku'Kh
—su tercer cerebro— se sintió tentado de intervenir, pero en su constitución entraban también ciertas normas que no podía conculcar. Una de ellas era que sólo le competía la vigilancia; la elección de actos dependía del cerebro principal coordinador, tras los informes y cálculos pertinentes emitidos por los números uno y dos.

Al número tres le correspondía solamente vigilar y almacenar

información que, en su momento, pasaría a los otros cerebros. A menos que amenazase un peligro inmediato, cosa que no parecía ir a suceder, el tercer cerebro debía respetar el descanso de los otros dos.

Por tanto
Ku'Kh
—su tercer cerebro— prosiguió con la misión de vigilancia, estudio e información, almacenando cuantos datos caían en su poder, a fin de expresarlos luego, fielmente reproducidos, para que se tomasen las decisiones convenientes.

Uno de sus elementos ópticos, sometido al control de invisibilidad, vigilaba a Milo Knutten. Perplejo,
Ku'Kh
observó que el extraño parecía poseído por un extraño delirio.

Knutten cogía las rocas y las lanzaba al aire, a la vez que daba grandes saltos y emitía aullidos de alegría.

—¡Rico! ¡Soy inmensamente rico! ¡El más rico de la galaxia! ¡Oro, oro, miles de toneladas de oro… y todo ese oro es mío!

Otro ojo invisible de Knutten se hallaba situado en las inmediaciones del aparato que había llegado al planeta procedente de las profundidades del espacio.

* * *

La «A&A» estaba provista de un pequeño laboratorio de análisis, muy bien equipado no obstante. Al día siguiente, Roger Mush, después del desayuno, tomó el trozo de roca que le había dado el doctor Moreno y se dirigió al laboratorio.

Aunque Roger no era químico, poseía, sin embargo, las suficientes nociones de dicha ciencia para realizar análisis sencillos. Lo primero que hizo al llegar al laboratorio fue buscar un martillo y dividir la roca en varios fragmentos.

Eligió el más pequeño y aún lo dividió en varios trozos más. Tomó el de tamaño más reducido y lo puso sobre un crisol descubierto, que ya estaba caliente.

A los pocos momentos, la piedra empezó a fundirse, a la vez que despedía un pronunciado olor a azufre. Ello fue suficiente para Roger.

Desconectó el crisol. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Pobre doctor Moreno! —se dijo—. El chasco que va a llevarse.

Abandonó el laboratorio. En el corredor se encontró con De Soto.

—Señor Mush, la señorita Elisa dice que se encuentra mucho mejor y que le gustaría salir afuera a tomar un poco el sol. No obstante, necesitaría ayuda.

Roger miró por uno de los ventanales cercanos.

—¡Pues es verdad! —exclamó—. Hace un día magnífico. Bien, vamos a ayudarla a salir. Lleva una hamaca afuera.

—Sí, señor.

—Ah, a propósito, Ramón. ¿Qué hace el capitán?

De Soto se encogió de hombros.

—Está en su cámara, señor —respondió—. Llamé para ver si quería algo de desayunar y me envió al diablo. No me parece que haya mejorado, francamente.

Roger meneó la cabeza.

—No se ha repuesto todavía del choque. Bueno, luego hablaré yo con él.

—Sí, señor.

Roger se dirigió a la cámara de la joven y tocó en ella con los nudillos.

—¡Adelante!

El joven abrió la puerta. Casi estuvo a punto de lanzar una exclamación de sorpresa, al ver a la propietaria y armadora de la nave.

El aspecto de Elisa había cambiado notablemente. Estaba en pie, vestida con una sencilla blusa y una falda corta, que le llegaba a quince centímetros por encima de las rodillas. Su hermosa cabellera negra estaba recogida en un prieto moño, sujeto con una cinta de color rojo y sus ojos poseían un brillo y una vivacidad singulares.

Pero lo que más extrañó a Roger fue la leve coloración de sus mejillas, pálidas y demacradas durante largas semanas de dolencia. Ella se dio cuenta de su sorpresa y sonrió.

—¿Le extraña mi aspecto, señor Mush? —preguntó.

—Me extraña… y me alegra, señorita Hyam —respondió él—. Está usted desconocida. Parece como si un hada le hubiese tocado

con su varita mágica.

Elisa dejó escapar una argentina carcajada.

—No se desmande en los elogios, señor Mush. No hay tal hada, sino, simplemente, la atmósfera de Eldorado. Es sumamente vigorizadora y devuelve las fuerzas perdidas con gran rapidez.

Roger se acordó de las sospechas que sentía acerca de una estancia anterior de la joven en Eldorado, pero no quiso mencionarlas en voz alta.

—Usted no ha dormido al aire libre, que yo sepa —alegó, sin embargo.

—Bueno, los sistemas acondicionadores de la atmósfera interior de la nave están parados, para ahorrar energía. La ventilación es completamente natural, lo que quiere decir que he estado respirando la atmósfera del planeta desde el primer momento.

—Sí, eso debe de ser —convino el segundo—. Bien, como sea, me alegro infinito de su mejoría. Al aire libre se acentuará, sin duda; hoy hace un día estupendo.

—Me tenderé a la sombra de un árbol. Su brazo, señor Mush, por favor —pidió Elisa—; todavía tengo las piernas muy débiles.

Salieron fuera. Roger respiró a pleno pulmón.

Era posible que Elisa tuviera razón, se dijo. Desde su llegada, sentía cierta euforia física, cierta vivacidad corporal, que no sabía ciertamente a qué atribuir.

El aire era fino, perfumado, agradable de respirar. Al penetrar en los pulmones, proporcionaba una sensación de ligereza muy agradable, que no podía confundirse con la proporcionada ficticiamente por el alcohol o cualquier otra droga estimulante.

Ramón tenía ya preparada la hamaca bajo un árbol. Los rayos del sol calentaban gratamente.

—Brent le traerá pronto el desayuno, señorita —dijo.

—Gracias, Ramón —contestó ella, dejándose caer en la hamaca —. ¿No se ha vuelto a saber nada de los demás?

Roger se disponía a encender un cigarrillo, pero lo guardó de nuevo. Quemar tabaco en aquella atmósfera tan pura casi le parecía una blasfemia.

—Nada, excepto que el doctor Moreno se va a llevar un chasco tremendo —dijo.

Elisa le miró inquisitivamente.

—¿De veras, señor Mush?

El joven asintió.

—He analizado la muestra de mineral supuestamente aurífero —manifestó—. No es oro.

—¡Rayos! —exclamó Ramón.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Pirita. Pirita de cobre, con un alto contenido de azufre.

—¡Oh, Dios mío!

Ramón se echó a reír.

—¡Pobre matasanos! ¡El chasco que se va a llevar! Usted tenía razón, señor Mush.

—La confusión es fácil, sobre todo para quien no es un experto en minería —dijo Roger—. La pirita y el cuarzo aurífero pueden confundirse en ocasiones, pero cuando se calienta en el crisol un trozo de pirita y se huele a azufre, la duda ya no es posible.

—¿Se lo dirá usted? —preguntó Elisa.

—Por supuesto —contestó Roger—. Y ojalá este chasco le haga volver a la cordura… ¡Ah, aquí viene Phil!

Brent venía con una bandeja en las manos.

—El desayuno, señorita —dijo.

—Gracias, Phil. ¿Jugo de naranja?

—Enlatado, pero tan bueno como si las naranjas acabasen de ser recolectadas.

Elisa tomó el vaso.

—No obstante, siempre pierde algo —dijo—. Pero el problema de las vitaminas en estado natural es algo fácil de resolver.

Paseó la vista a su alrededor, mientras los tres hombres la contemplaban expectantemente.

—No, aquí no hay —dijo.

—No hay ¿qué? —preguntó Roger.

Elisa tomó un sorbo de su vaso.

—Unas frutas sumamente parecidas a las naranjas, pero con la ventaja de poder ser recolectadas en cualquier época del año —contestó.

Roger y De Soto intercambiaron una mirada.

Las sospechas del joven se hacían más y más vehementes.

Elisa había estado ya en Eldorado. ¿Cuándo y por qué?, se preguntó.

Ella acabaría por declarar la verdad, se dijo. Por el momento, no le convenía apremiarla. Ya llegaría el instante en que Elisa lo dijese, sin necesidad de preguntas.

—Oro, diamantes, naranjas… —sonrió Brent—. Parece un planeta de cuento de hadas.

—Sin contar con la atmósfera, que es capaz de resucitar a un difunto —dijo Ramón.

—Sí, es cierto. Yo me noto mucho mejor desde que llegamos a Eldorado.

—No tienes más que fijarte en el aspecto de la señorita. ¡Está guapísima!

Elisa enrojeció.

—Por favor, Ramón, no abuse de una pobre convaleciente.

—Pero ¡si es la verdad! ¿No lo ve usted así también, señor Mush?

—Salta a la vista —contestó el joven llanamente—. A propósito, Ramón, ¿por qué no se pone en contacto con el doctor Moreno y le cuenta la verdad?

—Lo haré, pero no es una misión agradable. ¡Le va a sentar como un tiro!

—Es posible, pero quizás ello le haga recapacitar y volver a la nave. Me gustaría conocer su opinión acerca de la rápida mejoría de la señorita Hyam.

—Es la atmósfera de Eldorado, ya se lo he dicho —terció ella.

—Sí, pero… Vaya, Ramón; hable con el médico, cuanto antes.

De Soto se alejó en dirección a la nave. Brent murmuró:

—Oro, diamantes, naranjas, una atmósfera que cura sola. Este planeta es maravilloso, salvo por el hecho de que hay ojos vigilantes, flotando en el espacio.

Roger frunció el ceño.

—¿Está seguro de que vio también ese ojo, Phil? —inquirió.

—Segurísimo, señor. Aunque la visión duró sólo un instante, no puedo engañarme.

—El doctor Moreno dijo también que había visto lobos gigantes. Dígame, señorita Hyam —preguntó con naturalidad—, ¿no cabe que la atmósfera de Eldorado, además de sus efectos vigorizantes, produzca también alucinaciones?

La pregunta del joven tenía una intención oculta fácil de

adivinar. Elisa, sin embargo, no se inmutó.

—Todo lo que se ve o sucede en Eldorado es cosa propia de este planeta —contestó, sin comprometerse a más.

Roger disimuló su decepción.

Era obvio que Elisa quería continuar manteniendo la oscuridad sobre su anterior y problemática estancia en Eldorado. Bien, no le quedaba otro remedio que armarse de paciencia.

—Señor Mush —dijo ella de pronto.

—Dígame, señorita.

—¿Qué sabe del capitán?

Roger meneó la cabeza.

—Tengo que ir a hablar con él —contestó—. Me parece que aún no se ha repuesto de los efectos del choque producido por el motín.

Ella se quedó un momento pensativa.

Luego dijo:

—Las circunstancias no me permitieron seleccionar la tripulación de un modo adecuado. Salvo unos pocos, usted, De Soto y Brent, ninguno de los demás ha respondido a la confianza que deposité en ellos.

—No hizo los análisis en las selectoras, ¿verdad?

—¿Hice el suyo, señor Mush? —contestó Elisa—. De haberlo solicitado, me habrían negado el permiso de despegue. Así tuvimos que lanzarnos al espacio, bajo la cláusula de «por propia responsabilidad», sin derecho a socorro.

Roger asintió.

Conocía demasiado bien los reglamentos del espacio para no saber que Elisa tenía razón.

Muchas naves orbitaban libremente sujetas a aquella cláusula. Las responsabilidades eran sólo del capitán, o de su propietario, pero, si se hallaban en un apuro, no podían pedir socorro a las patrullas espaciales.

¿Por qué no había efectuado Elisa un viaje regular?

De Soto se asomó en aquel momento a la puerta de la astronave y gritó:

—¡Señor Mush, el doctor Moreno no contesta!

CAPÍTULO VI

Caminando sin detenerse más que para tomarse los descansos necesarios, Canné y Strong alcanzaron finalmente las estribaciones de la cordillera.

El paisaje variaba considerablemente. Ya no había llanuras, sino valles, cañadas y barrancos en gran profusión, aunque con gran abundancia de vegetación, tan parecida a la terrestre, que los dos compañeros creían a veces no haber salido del planeta de origen.

A mediodía, Canné se detuvo en el centro de un angosto valle, por cuyas laderas crecían los árboles profusamente. Algunos de ellos alcanzaban elevaciones de treinta y más metros.

Había hierba en abundancia. Por el centro corría un arroyo de rápidas y espumantes aguas, que saltaba de peña en peña, con algunos remansos arenosos, en donde la furia de la corriente se aquietaba por completo.

—¡Aquí! —decidió Canné, quitándose la mochila.

—¿Por qué? —preguntó Strong.

—Fíjate en la arena que hay en ese remanso.

—¿Y bien?

—No he tenido ocasión de practicarlo, pero he leído muchas historias sobre buscadores de oro. Lavaban las arenas de los arroyos de las montañas y… Bueno, ¿no eres capaz de figurarte el resto?

Strong se pellizcó el labio inferior.

—Desde luego —admitió—. Pero ¿crees que habrá oro en este arroyo?

Canné le contempló desdeñosamente.

—Si no lo hay aquí, habrá en otro —respondió—. De todas formas, ¿a qué crees que hemos venido?

Strong se sentía aprensivo.

Todavía recordaba la espantable visión de aquel ojo gigantesco que flotaba sobre ellos y que desapareció tan bruscamente. No lo habían vuelto a ver, pero Strong presentía que, de una forma tan misteriosa como incomprensible, estaban siendo vigilados por un ser enigmático, cuya forma y características era incapaz de imaginarse.

Lanzando un suspiro de resignación, se descolgó la mochila y la depositó sobre la hierba. Miró a su alrededor; estaban solos.

Canné se había metido ya en el remanso hasta media pierna. Hizo una mueca, debido a la frialdad del agua, y luego sacó un puñado de arena, que dejó escurrir lentamente entre los dedos.

Con el índice izquierdo escarbó en el pequeño montón de arena. Le pareció ver unas chispitas brillantes, que no podían confundirse en modo alguno con partículas de arena.

Una exclamación de júbilo se escapó de sus labios.

—¡Strong! ¡Creo que hemos dado con buen filón!

El otro se le acercó. Canné levantó su mano derecha.

—Mira, estas arenas contienen oro —dijo.

—Muy poca cosa —contestó el otro desdeñosamente.

—¿Pues qué diablos querías? ¿Acaso pensabas que Eldorado está pavimentado con losas de oro? Si quieres hacerte rico, debes deslomarte antes, no lo dudes.

—Sí, pero…

Un terrible rugido interrumpió súbitamente a Strong.

Los dos hombres se volvieron a un tiempo. Strong gritó de pánico.

Una docena de animales enormes, del tamaño de un caballo terrestre, pero con la apariencia de un lobo, corrían hacia ellos, rugiendo y gruñendo de una manera aterrorizante.

—¡Dios mío! —exclamó Strong—. ¿Qué clase de fieras pueblan este planeta?

Canné no perdió tiempo en lamentaciones. Salió del remanso, corrió hacia su trifusil y puso el cañón de centímetro y medio en estado de funcionamiento.

Los lobos gigantes estaban a menos de cincuenta metros.

—¡Usa tu fusil, idiota! —apostrofó a Strong coléricamente.

Y, al mismo tiempo, apretó el gatillo.

La bala estalló en el interior de un lobo, abatiéndolo fulminado.

Los otros redoblaron en sus aullidos.

El fusil era automático. En tres segundos, Canné hizo otros tantos disparos, consiguiendo dos blancos.

Los proyectiles derribaban a las fieras instantáneamente. Pero todavía quedaban nueve o diez, que no daban señales de ceder en su veloz carrera.

Canné se dio cuenta de que su compañero estaba paralizado bruscamente por el pánico, pero no podía perder tiempo en reproches. La manada de fieras estaba a menos de treinta metros.

Canné hizo su quinto disparo y consiguió su cuarto blanco. Pero advirtió con terror que ya no podría salvarse de los supervivientes.

De repente, los lobos desaparecieron de su vista.

—¿Eh? —dijo, atónito.

Los aullidos cesaron. Sólo quedaban en el suelo los cuatro cadáveres de los animales fulminados por los proyectiles salidos del trifusil.

Canné se pasó una mano por la cara.

—Estoy soñando…, viendo visiones…

Súbitamente, los cuatro cuerpos de las fieras muertas se esfumaron. El suelo quedó completamente limpio.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Strong, aterrado.

Canné reaccionó. A él no le importaban los motivos, sino las realidades. Los lobos habían desaparecido y eso era lo importante.

—¡Estúpido! —Insultó a su compañero, cuyo trifusil yacía aún en el suelo—. ¿Por qué diablos no me has ayudado? Hemos estado a punto de morir…

Strong le miró con ojos extraviados.

—Tengo miedo, Pierre —confesó.

—Pues entonces ¡lárgate! —contestó el otro cruelmente—. Nunca te harás rico, si no…

Strong le agarró por un brazo.

—Volvamos a la nave, te lo suplico —pidió—. Allí estaremos a salvo. El ojo fantasma, los lobos que desaparecen… ¡Vámonos, Pierre, vámonos de aquí!

Canné le rechazó brutalmente.

—Vete tú si quieres. Este arroyo está lleno de oro y ni por un millón de lobos gigantes lo abandonaría. ¡Vete, cobarde!

—No, no —gimió Strong—. Ven conmigo. Acompáñame… Dos

haremos el viaje con mayor seguridad…

La mano de Canné cayó duramente sobre el rostro de su compañero. Strong retrocedió un par de pasos y acabó de espaldas en la hierba.

—¡Cobarde! —le apostrofó Canné.

Y se volvió de nuevo hacia el arroyo.

Strong enloqueció.

El miedo y la ira se conjugaron en su mente para causar un estallido irrazonable. Aún tendido de espaldas en el suelo, agarró su fusil y, sentándose, tiró del cerrojo para poner una bala en la recámara.

Canné oyó el ruidito y se volvió velozmente. Apretó el gatillo.

A seis pasos, no podía fallar. Un gesto de horror se dibujó en la cara de Strong al sentirse herido mortalmente.

Luego cayó de nuevo hacia atrás, con el pecho abierto por el estallido del proyectil.

Canné le contempló con gesto de desprecio.

—Tú te lo has buscado —masculló.

Y sin hacer caso de aquel cadáver, cuya sangre brillaba al sol, empezó a prepararlo todo para iniciar un concienzudo lavado de las arenas del arroyo.

* * *

Después de conocer la noticia, Roger se quedó unos momentos pensativo. Elisa le contemplaba expectantemente, aguardando su decisión.

Al fin, Roger dijo:

—Ramón, es posible que el doctor no tenga conectada la radio. Insista un poco más; si viéramos que su silencio continúa, iríamos a investigar.

—Muy bien, señor.

Roger se volvió hacia la joven.

—Con su permiso, señorita; voy a hablar con el capitán Coutts —dijo.

—Hágalo —contestó Elisa—. Venga a informarme apenas haya terminado de hablar con él.

—Desde luego. Phil —dijo Roger, volviéndose hacia Brent—,

usted quédese de guardia junto a la señorita Elisa.

—Está bien.

Roger se encaminó hacia la nave. Momentos después, llamaba a la puerta de la cámara de Coutts.

Insistió varias veces, sin obtener otra respuesta que el silencio. Finalmente se decidió a abrir.

Entonces se explicó las causas de aquel silencio.

Coutts yacía boca arriba sobre su litera, con los ojos abiertos, fijos en el lecho, las manos a lo largo de los costados, sumido en una inmovilidad absoluta.

Roger tardó unos momentos en rehacerse de la impresión. Luego se acercó a la cama y puso los dedos sobre una de las mejillas de Coutts.

La piel poseía una frialdad inconfundible. Roger inspiró profundamente.

Al cabo de varios minutos, salió y cerró la puerta. Al fondo se oía la voz monótona de Ramón llamando al doctor Moreno.

Roger salió de la nave. Elisa y Brent le contemplaron expectantemente.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Coutts está muerto.

—¡Diablos! —mascullló Brent.

—¿Se ha…? —Elisa no se atrevió a pronunciar la palabra fatídica.

Roger sacudió la cabeza.

—No lo creo —contestó—. No he encontrado tubos vacíos de somníferos ni otras drogas por el estilo. Opino que el capitán ha muerto…, sencillamente a causa de un colapso cardíaco.

—Dios tenga piedad de su alma —murmuró Elisa—. Con todos sus defectos, era un buen astronauta.

Brent se sintió más práctico.

—Tendremos que cavar una sepultura, ¿no? —apuntó.

Roger alzó una mano.

—Antes habrá que ir en busca del doctor Moreno. Conviene que sea él quien diagnostique las causas de la muerte del capitán; a fin de cuentas, no podemos olvidar que es médico. Y aunque el viaje de la «A&A» haya sido realizado bajo la cláusula de «por propia responsabilidad», resulta indispensable hacer las oportunas

anotaciones en el diario de a bordo.

Elisa asintió.

—Las patrullas espaciales no nos prestarían socorro, pero tienen derecho a inspeccionar la nave.

—Desde luego. ¿Cuándo irá a buscar al médico? Podríamos vernos en un aprieto, si no… ¿Me comprende?

—Ahora mismo alistaré un bote. Phil, usted continuará aquí, al lado de la señorita Elisa. Ramón y yo iremos a buscar al doctor Moreno.

—Muy bien, capitán —contestó el tripulante.

—¿Capitán? —dijo Roger extrañado.

—Ahora lo es —afirmó Elisa.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios del joven.

—Haré lo que pueda —contestó.

No era el momento de frases grandilocuentes, que luego podían ser destruidas en la práctica por los acontecimientos.

Regresó a la nave y preparó dos trifusiles. A continuación, se asomó a la cabina.

—Ramón —llamó.

—¿Señor? —contestó De Soto, volviéndose hacia él.

—El capitán Coutts ha muerto. Vamos a traernos al doctor Moreno, para que dictamine sobre las causas de su muerte.

De Soto asintió con gesto grave.

—Sí, señor —dijo—. ¡Pobre capitán! En medio de todo… Pero ¿ya querrá venir el médico? —preguntó con acento dubitativo.

—El médico vendrá, quiera o no —contestó Roger con voz tajante—. Abandone el transmisor y tome este trifusil.

De Soto cerró la radio y se puso en pie.

Minutos más tarde, el bote despegaba del suelo. Roger lo lanzó a la máxima velocidad permitida por las circunstancias y se encaminó sin pérdida de tiempo hacia las rocas.

No tardaron mucho en llegar a su destino. Roger hizo describir al bote un círculo en torno al roquedal y luego le hizo perder altura.

—¡Ahí está! —señaló Ramón con la mano a un hombre afanado en golpear las rocas con un pico.

—Tendrá que soportar el desengaño —murmuró Roger, disponiéndose para la maniobra de aterrizaje en el mismo sitio de la víspera.

Momentos después, saltaban a tierra. La distancia era aún más relativamente grande y por ello no distinguían bien las facciones del sujeto.

—¡Doctor Moreno! —gritó Roger.

Afanado en su tarea, Knutten no se había percatado siquiera de la llegada del bote espacial, cuyo vuelo, por otra parte, era absolutamente silencioso. Al oír aquella voz, levantó la cabeza.

Un gesto de enojo se dibujó en su cara.

—¿Qué quieren, maldita sea? ¡Lárguense y déjenme en paz! —contestó malhumoradamente.

—¿Cómo? —Respingó Roger—. ¿Y el doctor Moreno?

—¿A mí qué me preguntan? No sé nada de él; no estaba cuando yo vine…

—¿Sabe adónde se ha ido? —En voz baja, Roger se dirigió a su compañero—. Tal vez descubrió su error con la pirita y se marchó en busca de un yacimiento auténtico de oro.

Ramón hizo un gesto de asentimiento. Knutten contestó:

—¡No sé nada, repito! ¡Y dejen ya de molestarme de una vez…!

De repente, la mano de Ramón se crispó sobre el brazo del oficial.

—¡Mire, señor! ¡Allí veo tres mochilas!

—¡Qué raro! —murmuró Roger—. Una será de Knutten, la otra del médico… ¿Y la tercera?

Alzó la voz.

—¡Knutten! ¿A quién pertenecen esas mochilas?

El tripulante tiró el pico a un lado. Sus ojos brillaban malignamente.

—No quiero contestar a más preguntas, ¿me entienden? ¡Váyanse ahora mismo de aquí o…!

Para apoyar su acción, dio un salto y se apoderó de su trifusil. Veloz como el pensamiento, Ramón se echó el suyo a la cara y apretó el gatillo.

Knutten lanzó un grito y giró sobre sí mismo, cayendo de cara al suelo. Roger se precipitó hacia abajo, saltando de roca en roca. De Soto le seguía a corta distancia.

—Lo siento, señor —se excusó—. Knutten quería disparar sobre nosotros…

—La culpa no es suya —murmuró él ceñudamente.

Instantes después, se arrodillaba al lado de Knutten. Le dio la vuelta y vio que agonizaba.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó.

Knutten le dirigió una mirada de reproche.

—Mi oro… —musitó.

—No es oro; es pirita de cobre —contestó el joven.

Una expresión de sorpresa apareció en la cara de Knutten.

—¡Pirita de cobre! Tiene gracia, ¿eh?

Tosió un poco y escupió sangre.

—Ahora, cuando llegue allí, al otro barrio… Moreno y Ditz se reirán de mí…

De pronto, su cabeza se dobló a un lado y murió.

Roger se puso en pie.

—No hay duda; él los mató.

—Por unos trozos de piedra sin apenas valor —rezongó De Soto —. ¿Lo enterramos?

Roger tendió la vista a su alrededor y contempló el enorme montón de fragmentos de roca que había arrancado Knutten durante horas y más horas de incesante trabajo.

—Lo cubriremos con esas piedras —dijo. Y añadió—: Poco suponía que estaba cavando su propia tumba.

CAPÍTULO VII

Roger tomó tierra en un punto cercano a la nave. Elisa hizo un esfuerzo y se acercó a recibirlos.

—Knutten mató al doctor Moreno y a Oscar Ditz, para quedarse con el supuesto yacimiento de oro —informó Roger sin más preámbulos—. Cuando llegamos allí, quiso expulsarnos por la violencia. Lo siento, pero Ramón tuvo que disparar.

Elisa se puso pálida.

—Entonces ¿ha muerto?

—Sí. Calculo que Knutten usó la sección desintegradora de su trifusil, ya que no hemos podido encontrar el menor rastro de los cuerpos del médico ni de Ditz.

—Es terrible, terrible… —murmuró Elisa.

—Hay otras cosas más terribles —dijo él severamente—. Por ejemplo, iniciar una expedición sin advertir a los demás de los peligros que pueden surgir en el camino.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó ella.

—Simplemente, una cosa que me parece ya obvia: usted ha estado antes en Eldorado y, hasta ahora, lo ha mantenido en secreto, por razones que no alcanzo a descifrar.

—¡No, eso no es cierto! —protestó la joven con singular vehemencia—. ¡No he estado jamás aquí…!

—Señorita Hyam, determinadas actitudes suyas se contradicen con su negativa —dijo Roger pacientemente—. Sin embargo, éste no es el momento ni usted está en condiciones de soportar un interrogatorio.

—Que no admitiría en manera alguna, capitán —aseguró Elisa orgullosamente—. No olvide que soy la propietaria y armadora de la nave.

—Sí, pero ésa es una cualidad que no reza en las actuales circunstancias… y, además, ahora está fuera de la «A&A». Y, por si fuese poco, la nave no puede salir al espacio…, pero dejaremos esta discusión técnica para más adelante.

Se volvió hacia Ramón y Brent, quienes aguardaban discretamente alejados de ellos.

—Hay que cavar una tumba para el capitán Coutts —dijo—. Luego…, mejor dicho, mañana, iniciaremos un viaje de exploración para ver si encontramos a Bottino.

—¿Por qué quiere encontrar a Bottino, capitán? —preguntó ella.

—Señorita Hyam, ¿ha olvidado ya cierta llave que ese granuja se llevó consigo?

—No, no la he olvidado, pero ¿qué hará si consigue recuperarla?

—Abandonar Eldorado, naturalmente.

—¡No!

La negativa sonó rotunda, tajantemente. Roger miró a la joven con gran extrañeza.

—¿Por qué no nos vamos a ir? —inquirió—. ¿Qué nos retiene aquí?

Elisa se mordió los labios.

—Capitán, si tuviera un poco de paciencia…

—La tendré si usted deja de ocultarme hechos que conoce y que se ha guardado para sí hasta este momento.

—¿Acaso no confía en mí?

Roger hizo una mueca.

—Prefiero no enzarzarme en una discusión de la que nada claro ha de salir —respondió evasivamente—. Ramón, Phil, hagan lo que les he ordenado.

—Bien, señor —contestaron los dos hombres al unísono.

Elisa se acercó al joven.

—Capitán, insisto —dijo—, tenga un poco de paciencia. Espere a que esté repuesta del todo; será cuestión de dos o tres días…

—Ese tiempo es más que suficiente para encontrar a Bottino —dijo él—. A fin de cuentas, se marchó a pie y no le creo capaz de recorrer más de treinta o cuarenta kilómetros diarios. Si pensamos que un bote espacial puede alcanzar velocidades cien veces superiores, advertirá que podemos atraparle en pocas horas.

—Suponiendo que consiga localizarlo, capitán.

—Lo intentaré como sea…, mientras usted se repone —afirmó Roger—. Con su permiso, señorita.

Elisa se quedó sola. Tras unos momentos de vacilación, acabó por volver a la hamaca, donde se tendió con los ojos cerrados.

¿Debía revelar su secreto?, se preguntó afligidamente.

No, aún no había llegado ese momento… y, si podía, haría cuanto estuviese en su mano para evitarlo.

* * *

El tercer oficial, Mill Raybum, y Nigel Varga, de comunicaciones, decidieron unir sus esfuerzos para la consecución de la riqueza.

Después de varios días de marcha, durante la cual no habían encontrado nada de particular en su ruta, decidieron tomarse veinticuatro horas de descanso antes de proseguir adelante.

Raybum y Varga se despojaron de sus equipos, situándose al pie de un elevado farallón rocoso, cuya sombra les protegía de los ardorosos rayos del sol de mediodía de Eldorado. No lejos de aquel lugar pasaba un arroyo, con cuyas aguas pensaban asearse y reponer sus existencias en las cantimploras ya, vacías.

—Nos tomaron el pelo —gruñó Varga, mientras se aflojaba los arneses—. Aquí no hay diamantes ni oro ni cosa que se le parezca.

—Todo es cuestión de buscarlo —dijo Rayburn sentenciosamente—. No irás a creer que basta rascar el suelo con la uña para hacerse rico.

—Tanto como eso… Pero ya llevamos un montón de días yendo de un sitio para otro y aún no hemos encontrado oro ni para tapar el hueco de una muela.

—Bueno —sonrió Rayburn mientras se desabrochaba la camisa —, no tenemos prisa. Veinticuatro horas de descanso, nos dejarán como nuevos y… ya verás cómo en esta segunda etapa tenemos algo de más suerte.

—Mucha más suerte —dijo Varga ceñudamente—. De lo contrario, ¿qué haremos, Mill?

El tercer oficial se sintió de repente preocupado.

La vuelta a la nave, con el fracaso a cuestas, era algo en lo que no había pensado siquiera.

—Cuando llegue el momento, idearemos una salida —contestó.

Y ya, despojado de su vestimenta, echó a correr hacia el cercano arroyo.

El baño les sentó bien. El agua estaba fría, pero tonificaba los cuerpos. Al cabo de un rato, se dispusieron a salir.

Entonces Raybum se fijó en algo en que no había reparado hasta el momento.

—Nigel —exclamó—, ¿qué es eso?

Varga entrecerró los ojos. A la derecha del lugar donde habían acampado y a cosa de cien metros, se divisaba un negro agujero en la base del farallón.

Puntitos brillantes parecían moverse en su interior. Los dos hombres se sintieron invadidos por un terror casi supersticioso.

—Vamos —decidió el tercer oficial, braceando para ayudarse a salir del arroyo, en el que estaba sumergido hasta la cintura—, lo mejor será que investiguemos.

Varga se mostró de acuerdo. Una vez pusieron pie en suelo firme, echaron a correr hacia su campamento.

Se enjugaron rápidamente, vistiéndose en cosa de pocos momentos. Luego, con los rifles aprestados, se dirigieron hacia el agujero.

Resultó ser una cueva de profundidad incalculable, debido a que, hacia el fondo, las tinieblas impedían la visión. Rayburn y Varga dieron unos cuantos pasos en su interior, contemplando con asombro cuanto aparecía ante sus ojos.

—Me siento… morir —dijo Varga, con las facciones desencajadas por la estupefacción.

—Jamás había visto cosa semejante —convino Raybum.

Los puntos brillantes eran trozos de cristal que asomaban entre las rocas. Algunos de ellos tenían un tamaño considerable y, salvo unos pocos de vivos colores, en los que predominaba el rojo y el verde, los demás eran de una blancura destellante.

Varga sacó su cuchillo de caza y, con el mango, golpeó uno de aquellos cristales, del que arrancó un fragmento casi tan grande como su mano.

—Fíjate, Phil —dijo, con voz estrangulada por la emoción.

El trozo de cristal brillaba de una manera singular. Su transparencia era absoluta.

—Los geólogos le llaman carbono en estado de pureza —dijo Raybum dogmáticamente—. Nosotros, es decir, el vulgo, le llamamos diamante. Si el diamante presenta algunas impurezas, recibe el nombre de rubí o de esmeralda, y también algunos otros nombres que no hacen al caso.

Varga volvió los ojos hacia su amigo.

—Mill, este pedrusco valdría millones en la Tierra… ¡y aquí la cueva está literalmente sembrada de diamantes!

Lanzó el pedrusco al suelo y empezó a forcejear para arrancar un rubí de colosal tamaño.

—Somos ricos. Mill, somos ricos —dijo, con voz jadeante por la excitación.

Detrás de él, Raybum asió el trifusil por los cañones. Sus ojos brillaban con un fulgor demoníaco cuando abatió la culata del arma sobre el cráneo de su compañero.

Se oyó un terrorífico chasquido. Varga cayó al suelo con la cabeza abierta.

Raybum se echó a reír.

—Antes dijiste que te sentías morir —exclamó—. Quizá por única vez en tu vida fuiste profeta, pero te equivocaste al hablar en plural.

CAPÍTULO VIII

Elisa y Brent contemplaron expectantemente los círculos que el bote describía sobre su campamento.

Minutos después, la aeronave tomaba tierra. Se abrió la escotilla y sus dos ocupantes saltaron al suelo.

Roger y De Soto presentaban claros síntomas de fatiga. Elisa y Brent corrieron hacia ellos.

Roger meneó significativamente la cabeza.

—Nada —dijo con laconismo.

—¿Nada? —repitió ella, afligida.

—No. Sólo avistamos a dos, Armelka y Wesserin, quienes nos dijeron que no habían visto a Bottino ni sentían el menor interés en él.

—Estaban rompiendo rocas con sus picos —añadió De Soto—. Eran de la misma clase que las que encontró el doctor Moreno.

—Criando les dijimos que se trataba de mineral de cobre, casi la emprenden a tiros con nosotros. Dijeron que tratábamos de engañarles para que volviesen a la nave, pero no hubo manera de sacarles de su error.

—Nos volvimos —dijo De Soto—. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Roger se desabrochó el cuello de la camisa.

—Voy a tomar un baño, a comer caliente y a dormir doce horas de un tirón —manifestó—. Mañana a estas horas ya estaré en situación de estudiar nuestro futuro.

—Que no será el de abandonar Eldorado —dijo Elisa incisivamente.

—Por desgracia —contestó él brevemente—. ¿Todo bien por aquí, Brent?

—Todo bien, señor. Salvo que el ojo misterioso se nos ha aparecido un par de veces. Pero no nos ha hecho el menor daño.

Roger se volvió hacia la joven.

—¿Qué sabe usted al respecto? —preguntó.

—Nada, lo mismo que cualquiera de nosotros —repuso ella.

—Tiene la seguridad de que Eldorado está deshabitado. Quiero decir, si no hay en él seres inteligentes, cualquiera que sea su forma física.

Elisa dudó un instante. Su vacilación no pasó inadvertida al actual comandante de la «A&A».

—No, capitán; Eldorado está deshabitado —contestó, con voz relativamente insegura.

Roger hizo un gesto de asentimiento.

—Tal vez —se limitó a contestar, después de lo cual continuó su camino hacia la nave.

De Soto fijó la vista en Elisa. Su mirada encerraba un mudo reproche, que ella soportó con impavidez.

Elisa dedujo que Roger y De Soto habrían comentado durante el viaje de exploración sus presuntos conocimientos acerca del planeta. Era algo que no había podido evitar…, pero todavía continuaba aferrada a su primitiva idea.

Se preguntó qué dirían cuando el día que les revelase la verdad. Era preferible no pensar en ello.

* * *

Los tres cerebros durmientes de Ku'Kh, el coordinador, el uno y el dos, despertaron al fin.

En fracciones de segundo, el número tres les informó de los acontecimientos ocurridos durante aquellos días.

El número tres dijo:

—Ahora sólo falta vuestra decisión.

El número dos, encargado de la memoria total de Ku'Kh, informó:

—La nave es idéntica a la que aterrizó hace cuatro revoluciones de nuestro mundo. No obstante, existen algunas diferencias: el

tamaño y el número de sus habitantes. En la anterior, llegaron sólo dos, de los que uno se marchó con el aparato.

El cerebro número tres, que era el encargado de la ciencia, manifestó:

—Los llegados a nuestro mundo buscan oro y diamantes, materiales ambos que consideran preciosos en el suyo, como objetos de intercambio en sus transacciones comerciales. Una pequeña cantidad de cualquiera de ambos elementos les sirve para adquirir grandes cantidades de otras que les son necesarias, y a veces para adquirir otras meramente de adorno. Por su posesión luchan ferozmente y, como el número tres ha registrado, a veces, matan.

El cerebro coordinador tomó su decisión:

—Conmigo no se meterán; desconocen nuestra existencia. Y, aunque la conocieran, tampoco podrían hacer nada. Hostiles a mí, no son y, aunque nos desagraden sus costumbres, no debemos interferir sus acciones. Debemos dejar que actúen tal como su idiosincrasia les compele a hacerlo. Con una excepción.

Él cerebro coordinador hizo una ligerísima pausa.

—Número dos, ¿te sientes capaz de redactar un mensaje en el idioma de esos seres?

—Por supuesto —contestó el aludido.

—Entonces, hazlo. El número uno comprobará la exactitud de la redacción. Luego el tres se encargará de destacar un elemento portador del mismo hasta su destinatario. Cuando haya terminado, podrá descansar.

—¿Qué haremos nosotros después? —quiso saber el número uno.

—Vigilar —contestó el coordinador lacónicamente—. Nada más que eso, vigilar.

* * *

Roger Mush se levantó al día siguiente, fresco y descansado. Tomó una ducha, se preparó un sustancioso desayuno y, a continuación, se dispuso a enfrentarse con Elisa.

Al salir del comedor, oyó en el fondo de la nave unos golpes sordos que se repetían rítmicamente. Roger frunció el ceño extrañado y avanzó a lo largo del pasillo.

Creyó oír una voz humana que le llamaba. Los golpes se repitieron con insistencia.

Roger averiguó que procedían del otro lado de una pesada puerta de metal, cuyo cierre de seguridad estaba echado. Para abrirlo, bastaba la simple presión sobre un botón.

Roger abrió la puerta. Entonces De Soto exclamó:

—¡Por fin! ¡Gracias a Dios que nos ha oído, capitán!

—Creíamos que iba a estar durmiendo el resto de sus días —rezongó Brent.

El joven estaba atónito.

—Pero ¿qué les ha pasado? ¿Por qué estaban encerrados en esta esclusa? —preguntó.

—Llevamos ya cuatro o cinco horas —contestó De Soto—. Usted prometió que dormiría doce… y, rayos, ha cumplido su palabra.

—Nos encerró Elisa —dijo Brent lacónicamente.

—Sorprendiéndonos con un rifle en la mano —agregó De Soto —. Dijo que dispararía si intentábamos resistirnos.

—Luego —siguió el otro— desconectó el sistema de comunicación de la esclusa con el resto de la nave. Por eso tuvimos que esperar forzosamente a que usted se despertara.

Roger torció el gesto.

—Esa chica… ¿Dijo lo que iba a hacer? —inquirió.

De Soto meneó la cabeza.

—No, pero me lo figuro, capitán —respondió.

—Ramón y yo hemos llegado a la conclusión de que Elisa ha tomado un bote y se ha marchado. Adonde, es cosa que no sabemos, señor.

—Debí haberla obligado a hablar —masculló Roger con acento disgustado—. No me pareció que estaría aún fuerte…

—Pues hay que ver cómo se ha puesto en estos pocos días —dijo De Soto—. No parece que haya estado enferma casi dos meses.

—¿Será cierto que la atmósfera de Eldorado tiene propiedades benéficas…, tanto como para devolver la salud a una persona en cuatro días? —exclamó Brent.

—No lo sé. Ni ahora me importa mucho —contestó Roger—. Lo interesante es salir detrás de ella y ponerle la mano encima.

—¿Qué hará cuando la alcance? —preguntó De Soto.

Roger se quedó parado.

—Pues… Bueno, lo primero es alcanzarla. Después ya veremos lo que se hace. ¿Quién quiere acompañarme?

—Capitán, De Soto ya salió una vez con usted —se quejó Brent.

—Está bien, Ramón se quedará ahora vigilando la nave. ¿Han vuelto a ver los ojos?

—No, en absoluto —respondió De Soto.

—De acuerdo. Usted, Phil, vaya preparándolo todo para despegar dentro de diez minutos. Ramón, vigile constantemente y no se separe de las inmediaciones de la nave.

—Bien, señor.

No había tiempo para especulaciones. Roger se dirigió a la cabina de mandos y puso en funcionamiento la sección auxiliar que suministraba energía a las computadoras.

Albergaba una vaga esperanza, que se vio cumplida afortunadamente minutos más tarde, cuando vio asomar una cinta llena de perforaciones por una ranura. No se molestó en estudiar la cinta, sino que situó su comienzo en un carrete y la enrolló en él, hasta qué la máquina dejó de transmitir datos.

Entonces lo desconectó todo y corrió hacia el cohete, donde Brent le aguardaba ya a los mandos.

—Bien —dijo Roger, sonriente—, en medio de todo, hemos tenido suerte, muchacho.

—¿Por qué dice eso, señor?

Roger le enseñó el carrete, que luego insertó en el control direccional.

—Elisa se llevó uno de los botes, es cierto —respondió—. Sin embargo, al ponerlo en funcionamiento, conectó, supongo que maquinalmente, todos los instrumentos de la cabina de mandos. Uno de ellos es la registradora de rumbos, que ha estado funcionando automáticamente desde el despegue hasta el aterrizaje.

Roger cerró la tapa del control con un seco golpecito.

—Esa cinta nos llevará en derechura hasta donde está ella. ¡Arriba, Phil!

—¡Buena idea, capitán! —alabó el tripulante, a la vez que ponía en marcha el aparato.

A unos cien metros del suelo, niveló el bote y conectó el automático. Ahora el aparato sería guiado por las indicaciones de la cinta, que reproduciría con toda exactitud el rumbo seguido por la

muchacha.

El suelo se deslizó vertiginosamente bajo el vientre del bote espacial. Fijadas la velocidad y el rumbo, la única misión de los dos ocupantes de la nave consistía en explorar el terreno.

Pasaron varias horas. La velocidad del bote se regía también por las indicaciones de la cinta. La monotonía empezó a hacer presa de los espíritus de Roger y de su compañero.

—Espero que no haya ido demasiado lejos —habló Brent al cabo de un larguísimo rato de silencio—. De lo contrario, la vuelta iba a presentar algunas dificultades.

—Ella estaba ya restablecida. Cuando partió de la nave, lo hizo con una idea preconcebida de antemano. Se dirigió a un punto que conocía, eso es todo.

—Y ¿por qué no nos hizo aterrizar donde deseaba? ¿No cree que las cosas se hubieran solucionado mejor de esa manera?

—Phil, no olvide que estaba enferma. Deliraba aún casi en la víspera de nuestro aterrizaje y… ¡Mire! —exclamó Roger de pronto.

Brent alargó el cuello. Sus ojos se desorbitaron por el asombro.

—¡Dios mío! Es…, pero parece increíble, señor —dijo, atónito—. ¿No estaremos viendo visiones?

—Visiones o no, ahora mismo vamos a tomar tierra —decidió Roger ceñudamente—. Desconecte el automático y páseme los mandos manuales, Phil.

—Sí, señor —contestó Brent, iniciando las operaciones indicadas.

CAPÍTULO IX

Pierre Canné continuaba lavando afanosamente las arenas del arroyo.

Su exaltación crecía a medida que pasaban los días. Había construido una especie de cajón, dentro del cual tenía ya casi un centenar de kilos de polvo y piedrecitas amarillas, de un metal de apariencia inconfundible, sumamente pesado y grato al tacto y a la vista.

Canné trabajaba con el torso al aire, cubierta la cabeza con un simple pañuelo, en cada una de cuyas puntas había hecho un nudo. Sus pies desnudos estaban sumergidos en la corriente.

El método de Canné no podía ser más simple. Después de bastantes tanteos, había conseguido encontrar una piedra casi llana, aunque con cierta concavidad hacia su centro, de la que se servía para recoger la arena y lavarla, separando los granos de oro. Era un método pesado, pero, pensando en la riqueza, Canné no sentía el menor cansancio.

Además pensaba volver a la nave cuando tuviese reunida una buena cantidad de oro. Con ella, a guisa de moneda, compraría objetos y utensilios de que ahora carecía.

Y alimentos, pues los de la mochila, que contenían varias raciones de supervivencia, estaban a punto de agotarse.

Canné lo daba todo por bien empleado. Un año, sólo un año más, y se convertiría en un potentado.

Algo inesperado le sacó de sus sueños de color de rosa.

La voz de un hombre.

Sonaba irónica, burlona.

—Así no conseguirá nada, amigo —dijo el hombre, a sus espaldas.

Canné se irguió, a la vez que se volvía poco a poco. ¿Quién había descubierto su escondrijo?

Contempló al hombre con más expectación que asombro. Desde luego, no pertenecía a la tripulación de la «A&A».

Era un sujeto recio, fornido, semidesnudo como él y con un agudo cuchillo de caza al cinto. Una enorme barba rubia, con algunas hebras grises, le llegaba hasta el pecho. Su cabellera era también muy larga.

Parecía muy joven y, al mismo tiempo, infinitamente viejo. Sus ojillos brillaban maliciosos bajo el doble arco de unas espesas cejas de color rojizo, que le daban un aspecto satánico.

Canné hizo caso omiso de la sarcástica observación.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Tom —contestó el desconocido.

—Tom, ¿qué?

—Tom, simplemente. Y usted ¿cómo se llama?

—Pierre Canné, tripulante de la astronave
«Arch & Arrow».

—«Arco y Flecha» —tradujo el desconocido—. ¿Terrestre?

—Sí. Oiga, ¿es que Eldorado está habitado?

—Por ahora, sí. Que yo sepa, hay dos habitantes, usted y yo.

Canné miró recelosamente en torno suyo.

—¿No hay nadie más con usted?

—Usted, Pierre.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo llegó hasta Eldorado?

—Amiguito, ésa es una historia muy larga de contar y no tengo ganas de perder el tiempo en parlamentos. Debo continuar mi camino.

—¿Adonde se dirige?

—Precisamente, en busca de su nave, Pierre.

—¿Sabe, acaso, dónde está?

Tom volvió a sonreír.

—Sí, desde luego. De otro modo, no estaría aquí —respondió.

Y se puso en pie, dando efectividad a sus propósitos de seguir adelante.

—¡Un momento! —dijo Canné.

—Dígame, Pierre.

—Antes mencionó algo acerca de que estaba perdiendo el

tiempo. ¿Qué hay de cierto en eso?

—La verdad. Lo que saca del arroyo no es oro.

—¿Cómo? ¡Está mintiendo, Tom! —estalló Canné.

Tom se encogió de hombros.

—Por mí, siga deslomándose, pero lo que le estoy diciendo es la pura verdad. Parece oro, pero no es tal, sino un mineral de apariencia y peso casi idénticos, por el que, en su planeta, no pagarían un solo centavo, a menos que lo consideraran como curiosidad científica.

—Usted debe de saberlo muy bien, ¿no?

—Me desengañé hace ya tiempo, hermano. Bueno, me voy…

—Tom, a usted le he calado. Usted lo que quiere es que abandone el arroyo, para quedarse luego con el esfuerzo de mi trabajo.

—¡Imbécil! Le he sorprendido perfectamente. ¿Cree que no podría haberle «apiolado» antes de darse cuenta? La verdad, los idiotas como usted me dan lástima.

—Haga el favor de no insultarme —gruñó Canné, cuya cólera crecía a medida que pasaba el tiempo—. Lárguese cuanto antes, si no quiere que…

—Está bien, está bien, me voy. No obstante, no es preciso ponerse así. ¿Qué quiere que le diga, que es oro? Bueno, es oro. Pero rómpase el espinazo a trabajar y verá cuánto dinero le dan a su vuelta en la Tierra por ese montón de polvo amarillo. ¡Adiós y que le aproveche!

Tom giró sobre sus talones y emprendió la marcha. Canné, desconfiado, vaciló un momento y luego salió del arroyo y corrió hacia donde había montado su campamento bajo los árboles.

Agarró su trifusil, lo cargó y se lo llevó a la cara. En el mismo instante, Tom, presintiendo algo, se volvió y captó el gesto de Canné.

—¡No dejaré que divulgues mi secreto! —dijo Canné, en el momento de apretar el gatillo.

Pero su bala no encontró el blanco deseado; Tom, oportunamente, saltó y se escondió tras un árbol, cuyo tronco absorbió el impacto.

Canné maldijo, a la vez que maniobraba en el arma para poner en acción el cañón de quince milímetros. Había cometido el error

de disparar con bala corriente y quería repararlo.

Llegó tarde. Un objeto plateado silbó en el aire y se hundió en su pecho, bajo el esternón.

El buscador de oro gritó, abrió los brazos y cayó de espaldas. Tom se acercó a él y apartó el trifusil con el pie.

Desde arriba, miró al agonizante, cuyos ojos se enturbiaban rápidamente.

—No es oro —insistió— y, si querías impedir que hablara, fallaste.

Los labios de Canné se movieron imperceptiblemente.

—No… es… oro… —repitió.

Tom meneó la cabeza.

—No. Vas a morir y no quiero que te vayas al otro barrio deplorando la pérdida de una riqueza que nunca hubieras podido conseguir.

Canné ya no dijo nada. Había muerto.

* * *

Roger Mush y su acompañante desembarcaron del bote espacial, fusil en ristre.

Todavía no se habían habituado a la sorpresa. Lo que estaban viendo les parecía increíble.

Había una gran cabaña de troncos, con chimenea de piedra, y varios corrales en donde estaban encerrados numerosos animales parecidos unos a corderos y otros a gallinas terrestres.

Reinaba un gran orden y limpieza en el lugar. No lejos crecía un frondoso bosque de árboles semejantes a pinos, de donde era indudable que el desconocido habitante de la cabaña había obtenido los materiales precisos para la construcción de la misma.

Al otro lado y en un plano más inferior, corría un anchuroso río, cuyas márgenes estaban bordeados de una espesa vegetación, con abundante arbolado. Cerca del río se veía una especie de rústica noria, que podía ser movida a brazo, por medio de un mecanismo multiplicador, con el fin de elevar agua hasta un depósito situado en las inmediaciones de la cabaña.

El silencio era absoluto. Sólo se oían los balidos y los cacareos de los animales domésticos.

Un poco más allá, en un trecho de gran amplitud, bastante llano, vieron una zona con surcos, evidentemente arada para la siembra. Al dar la vuelta a la casa, Roger y Brent divisaron dos animales gigantescos, que les hicieron dar un salto atrás, a la vez que levantaban sus trifusiles.

—¡Son lobos gigantes! —exclamó Brent, apuntando hacia una de las bestias.

—Quieto —dijo Roger—. Posiblemente, han sido domesticados y sirven al dueño de este lugar de animales de tiro y también para la labranza. Si fuesen fieros, romperían fácilmente la valla del corral.

—Creo que sí —murmuró Brent, impresionado—. De todas formas, dan miedo…, pero ¿cómo habrán conseguido amansarlos?

—Como se amansa a todas las fieras: capturándolas cuando son cachorros —respondió el joven—. Volvamos a la parte delantera.

Así lo hicieron. Entonces Brent notó algo raro.

—Capitán, la programadora de rumbos terminaba justamente aquí, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto.

—En tal caso, ¿dónde está el bote de la señorita Hyam?

Roger paseó la vista a su alrededor.

—No se ve, en efecto —murmuró—. Y ello resulta extraño…, a menos que haya desconectado la registradora de rumbos.

—Si lo advirtió, es muy posible —convino Brent—. ¡Mire, allí veo las señales de las patas del tren de aterrizaje!

Roger se acercó corriendo al lugar indicado. Los botes espaciales, al tomar tierra, se apoyaban en cuatro patas de base plana, cuyas huellas habían quedado nítidamente impresas sobre la tierra del patio.

Las pisadas, de la joven eran asimismo visibles y se dirigían hacia la cabaña.

—Vamos allí —dijo Brent excitadamente.

—Con cuidado —aconsejó Roger—. No sabemos quién puede haber adentro…

—Nadie, con toda seguridad. ¿Dónde está el humo que debería salir por la chimenea?

Roger reconoció la certeza de la observación. No obstante, siguió manteniendo sus prevenciones, hasta llegar al umbral de la puerta, que estaba abierta de par en par.

Asomó la cabeza un poco y gritó:

—¿Eh? ¿No hay nadie en casa?

—¡Somos terrestres! ¡Venimos en son de paz! —agregó Brent.

El silencio fue la única respuesta que recibieron. Roger cruzó el umbral y dio unos cuantos pasos en el interior de la cabaña.

El orden era perfecto. La cabaña constaba de una única y amplia habitación, con un gran lecho en uno de los costados. La chimenea, que servía asimismo para guisar, se hallaba en el lado opuesto.

El constructor de la cabaña no había descuidado los detalles complementarios: una mesa, varios taburetes, algunos armarios… La hechura de los objetos denotaba una innegable habilidad y un excelente buen gusto.

—Esto es enteramente terrestre, capitán —observó Brent—. Sin duda, el habitante de esta cabaña no se habrá aburrido.

—Pero puede que sí se haya desesperado. ¿No le da la idea de que aquí vive, o vivía, un Robinson espacial?

—Sí, en efecto, pero ¿dónde está la chica?

Aquellas palabras volvieron a Roger a la realidad.

De pronto, su vista recayó sobre un objeto brillante que yacía sobre la mesa.

Era una lámina de metal pulido, de color amarillo. Roger se acercó y la tomó con ambas manos, observando en el acto su notable pesadez, pese a su conformación delgadísima, del espesor de una cuartilla de papel corriente, cuyo tamaño poseía.

Pero lo que más le extrañó fue observar en la lámina un mensaje grabado en caracteres terrestres.

—¡Dios santo! —exclamó Brent—. Estoy aturdido, capitán.

Roger asintió. También él lo estaba.

El mensaje decía:

Gran nave ocupada por seres idénticos a ti ha llegado. Dirígete hacia el nordeste de tu situación. La encontrarás junto al río de los tres brazos, en el más alejado, junto al recodo que éste forma en ángulo recto.

No había nada más, ni firma, ni fecha. Pero el grabado era de una pulcritud absoluta.

Roger y Brent se miraron.

—«Seres idénticos a ti…» —repitió el primero—. Eso sólo puede significar una cosa.

Brent movió afirmativamente la cabeza.

—Sé lo que piensa, capitán —dijo—. El ser que dejó, el mensaje no es terrestre.

—Pero sí el habitante de la cabaña. Y éste, al recibir el mensaje, emprendió la marcha de inmediato hacia nuestra nave.

—Entonces la señorita Elisa, cuando llegó, se encontró la cabaña desierta y partió al encuentro de ese Robinson espacial.

—Eso creo yo —convino Roger—. Pero todavía hay más. Elisa conocía al terrestre.

—Por eso vino aquí, pero perdió el viaje. ¿Volvemos, capitán?

Roger dudó un instante, mientras contemplaba de nuevo la lámina de metal. Luego, de súbito, giró sobre sí mismo y se dirigió hacia la puerta.

—Vamos, no perdamos más tiempo —dijo—. Todavía podemos darles alcance.

Corrieron hacia el bote. En el momento en que se disponían a embarcar, oyeron un distante grito que procedía de una garganta femenina.

—¡Socorro! —clamó Elisa Hyam—. ¡Ayúdenme!

Capítulo X

Roger no vaciló un solo segundo. Inmediatamente, echó a correr, seguido de cerca por Brent.

Los dos hombres empuñaban sus fusiles. Mientras corría, Roger gritó a su vez:

—¡Elisa! ¿Dónde está usted?

—Aquí, en la barranca. ¡Por el amor de Dios, dense prisa!

Roger aceleró su marcha. Segundos más tarde, llegaba al borde de una profunda cortadura, que en tiempo lluvioso debía de servir sin duda para cauce de las aguas provenientes de tierras más elevadas.

El bote yacía de costado en el fondo de la barranca. Elisa se hallaba en pie, en el punto más alto de la estructura de la navecilla.

Algo horrible avanzaba hacia ella desde varios puntos a la vez. Eran cientos de tentáculos filamentosos, de color verdegris, sucio, con numerosas y aguzadas espinas en toda su longitud.

Los tentáculos eran como cintas delgadas, de unos seis o siete centímetros de anchura por uno de grosor, aproximadamente. Las espinas, como agujas, tenían una longitud de cinco o seis centímetros por medio de espesor y poseían una coloración rojiza, metálica, que aterraba el ánimo sólo con su vista.

La longitud de los tentáculos era variada, pero ninguno de ellos bajaba de los cinco o seis metros. Roger notó, además, una cosa espantosa.

Los tentáculos crecían a ojos vista. Nacían en racimos, en las paredes de la barrancada, como espesos matorrales de una cosa viva, no se podía afirmar si era animal o vegetal.

Elisa estaba encerrada en un enorme círculo de tentáculos, cuyas puntas se acercaban con inexorable lentitud a la navecilla. La

escapatoria, a no ser por el aire, era imposible.

—Phil, tráigase el bote —gritó Roger, tras apreciar de una ojeada el peligro que corría la joven.

—¡No! —contradijo ella—. ¡Los tentáculos les alcanzarán y los derribarán, como me pasó a mí! ¡Usen sus fusiles!

Roger afirmó los pies en el suelo y puso en funcionamiento el cañón desintegrador. Apretó el gatillo y una docena de tentáculos se convirtieron en humo.

Brent le imitó. Casi en el acto, se oyó un profundo zumbido, que parecía proceder de las entrañas de la tierra.

Los tentáculos se agitaron espasmódicamente en el aire. Roger y su acompañante continuaron disparando descarga tras descarga, hasta abrir un ancho paso libre de peligro.

Entonces Elisa saltó al suelo, corrió y, ágilmente, trepó por la ladera del barranco. Roger se inclinó y asió la mano que ella le tendía ávidamente, ayudándola a dar el último salto con gran oportunidad.

Una larguísima cinta espinosa golpeó la ladera, a escasos centímetros de los talones de la muchacha.

Roger tiró con fuerza y la sacó afuera, apartándola del borde.

El ser no se dio por vencido, pese a todo. Numerosos tentáculos empezaron a trepar por el borde de la ladera, asomando amenazadores por el borde.

—Será mejor que nos larguemos de aquí —aconsejó Roger.

Entonces, Elisa, incapaz de dominar su emoción, se desmayó.

Roger pasó su fusil a Brent. Inclinándose, recogió a la joven en brazos.

—Tendremos que despegar pronto o, de lo contrario, esos tentáculos espinosos acabarían por darnos alcance.

—Muy bien, señor —contestó Brent serenamente—. Si le parece, pondré en libertad a los animales domésticos.

—De acuerdo.

Sin embargo, la velocidad de crecimiento de la planta no era superior a la de su marcha al paso. Pero era evidente que acabaría por llegar a la cabaña.

Brent se adelantó y abrió las talanqueras de todos los corrales. Sus habitantes, cuyo instinto les hacía presentir la vecindad de un enemigo invencible, escaparon a todo correr.

Roger entró en el bote y depositó a la joven sobre un asiento, acomodable a litera. Buscó un frasco de licor y puso algunas gotas en su boca.

Elisa suspiró un par de veces y abrió los ojos. Brent volvía en aquel momento.

—Gracias, Roger —murmuró—. Me ha salvado la vida.

—Era mi obligación —repuso él llanamente—. Tómese un segundo trago, así acabará de reponerse.

Elisa accedió. Los colores volvieron a su cara.

Mientras, Brent levantó el bote, situándolo a un centenar de metros del suelo. Desde allí, pudo ver el estéril aleteo de los tentáculos.

—Aguardo sus explicaciones —dijo Roger severamente, una vez ya en seguridad—. ¿Cómo pudo caer en el barranco?

—Les vi venir a ustedes. Acababa de llegar a la cabaña y busqué un sitio donde esconderme. La barranca me pareció el más adecuado, pero cuando me disponía a tomar tierra, surgieron aquellos tentáculos que atraparon el bote y lo volcaron. La escotilla, sin embargo, quedó libre y pude salir afuera.

—Cuando llegamos nosotros, los tentáculos no habían dado alcance al bote —observó Roger.

—Capitán, esa planta es un ser inteligente —dijo ella—. Después de derribarme, pude darme cuenta de que los tentáculos se replegaban parcialmente. Parte de la estructura del bote está corroída por unos potentes ácidos que segrega. Sin duda, se detuvo unos momentos a analizar aquella especie de nuevo alimento mineral.

—Y ello fue lo que le salvó la vida.

—Sí, porque, según deduzco, el ser halló que el metal no le causaba daño y entonces fue cuando empezaron a surgir más tentáculos. ¡Salían por todas partes, era una horrible pesadilla…!

—Ya se ha pasado, por fortuna —dijo Roger—. Pero ¿por qué se escondía de nosotros? Ah, ya —añadió con ironía—, cuando una persona se esconde, es que no quiere que la vean otras.

Elisa enrojeció.

—Esperaba que se marchasen para volver a la cabaña y aguardar a…

—¿A quién? —preguntó Roger, al percatarse de la interrupción

de la joven.

Ella se mordió los labios.

—Permitirá que me guarde el secreto —contestó.

Lentamente, Roger extrajo de su camisa el mensaje y se lo entregó a la muchacha.

—Si aguardaba el regreso del ocupante de la cabaña, está perdiendo el tiempo. Quienquiera que sea, se ha marchado. Lea, por favor.

Elisa le miró un instante. Luego bajó sus ojos hacia la plancha de metal.

Un fuerte estremecimiento recorrió su esbelto cuerpo. Roger, que tenía la vista fija en su rostro, vio que se demudaba hasta la lividez.

Lentamente, se inclinó hacia ella y dijo:

—Ese hombre se había instalado aquí como si fuese a pasar una larguísima temporada, aunque no niego que no confiase en ser rescatado algún día de su actual estado de Robinsón espacial. Todos los datos así lo indican, pero hay uno que se refiere a usted de una manera muy particular.

—¿Qué es lo que quiere decir, capitán? —preguntó ella, con voz entrecortada.

—Simplemente, que usted conocía a ese hombre. Que lo conoce, que ha tenido alguna relación con él, que sabe quién es, qué hace en Eldorado… ¡No lo niegue, Elisa! ¡Confiéselo de una vez!

Atraído por la curiosidad, Brent volvió la cabeza. En aquel instante, Elisa, convulsa, con el rostro horriblemente pálido, se incorporaba a medias para dar su respuesta:

—Sí…, sí, es cierto; le conozco. Pero, por el amor de Dios, no me atosigue más…

Roger hizo caso omiso de la petición de la joven. Implacable, prosiguió:

—Dígame quién es y qué relación tiene con usted. ¡Hable de una vez, Elisa!

Brent escuchaba atentamente, sin intervenir en la escena. Vio que los bellos ojos de Elisa se llenaban de lágrimas y, tan estupefacto como Roger, la oyó contestar:

—Se… llama Tom Hyam y es… mi esposo.

Roger se incorporó, satisfecho y perplejo a medias.

Miró a Elisa y vio que estaba a punto de desfallecer.

La indiscreción le indicó que no debía continuar el interrogatorio. Por el momento, ya había averiguado algo muy importante. Prácticamente, podía asegurar que ya conocía los motivos del viaje de Elisa a Eldorado.

Sin embargo, había algo que le resultaba sumamente extraño. ¿Por qué se habían separado ambos esposos?

Abrió de nuevo el frasquito y le ofreció un poco de licor, que Elisa ingirió con avidez. Luego dirigió al joven una mirada lastimera.

Roger hizo un esfuerzo por sonreír.

—Descanse —aconsejó—. Seguiremos hablando más adelante.

—Gracias —musitó ella. Se reclinó en su asiento y cerró los ojos.

Roger la contempló durante unos instantes. Era muy hermosa. Su pecho se movía todavía aguadamente, pero se veía que iba recobrando el ritmo normal de la respiración.

Suspiró. Ni por ensoñación se le había ocurrido que Elisa fuese casada, máxime cuando llevaba las manos desnudas de toda joya o anillo indicadores de su estado.

Sentíase decepcionado. Podía decirse que él había sido el único que la había cuidado durante su larga enfermedad. En ese tiempo, se había aficionado a ella y había llegado a pensar que, con el tiempo, Elisa acabaría por corresponderle.

Ahora, viviendo su marido, era preciso abandonar aquellos sueños. Elisa era mujer de otro hombre.

Se volvió hacia Brent y fue a sentarse a su lado.

—¿Un traguito? —invitó con sonrisa melancólica.

—Gracias, señor. —Brent bajó la voz—. Vaya petardo, ¿eh?

Roger asintió. Cuando le tocó el turno, bebió un largo trago de coñac, lo que le confortó notablemente.

—No me lo hubiese figurado jamás, la verdad —dijo.

—Ha sido una buena sorpresa, en efecto —convino el piloto—. ¿Qué rumbo seguimos ahora, señor?

Roger meditó unos instantes.

—Póngase en contacto con Ramón y dígale que es posible que nos retrasemos un poco. No obstante, deberá permanecer vigilante en todo momento. Si se hace de noche y no hemos llegado, que se encierre en la nave.

—Entendido, señor. ¿Qué rumbo seguimos?

—El de vuelta, directos a la «A&A», pero muy despacio. Opino que el señor Hyam no puede llevarnos mucha delantera y es preciso estar atentos durante todo el tiempo, a fin de localizarle.

—Muy bien, señor —contestó Brent.

Roger volvió la vista y miró a Elisa. El ritmo sosegado de su respiración le indicó que había acabado por dormirse.

—Es lo mejor que ha podido hacer —murmuró.

Y luego aplicóse a mirar a través de los ventanales, para explorar el terreno.

* * *

Aburrido, Ramón De Soto había conectado una lámpara de señales al extremo de un largo cable, que llegaba hasta la orilla del río. Si la radio se ponía en funcionamiento, los destellos de la lámpara servirían de aviso.

Después, con un largo palo, un hilo fuerte y un alfiler, se había construido una caña de pescar. Buscó cebos y se sentó en la orilla. Su razonamiento era lógico: donde había agua, debía de haber peces.

Ramón quería mejorar su dieta. Cuando sacó el primer pez, de casi medio metro de largo y de unos dos kilos de peso, la boca se le hizo agua pensando en lo sabroso que estaría después de unas cuantas vueltas por una sartén llena de manteca hirviendo.

Cuando más abstraído estaba en su labor, oyó pasos en la hierba seca de sus inmediaciones. Abandonó la caña en el acto, requirió el trifusil y se puso en pie de un salto.

Un hombre caminaba hacia él con paso torpe. Su rostro estaba demacrado y sus ojos brillaban enfebrecidos. A la espalda llevaba un pesado saco, lleno de algo que, por el bulto, parecían pedruscos.

Ramón reconoció inmediatamente al sujeto.

—¡Señor Rayburn! —exclamó.

—Hola, Ramón —saludó el tercer oficial, dejando caer el saco al suelo—. He vuelto… para comprar comida. Se me acabaron los víveres y…

De Soto frunció el ceño.

—Creo recordar que Varga se fue con usted de pareja. ¿Dónde

está?

—Sufrió… un accidente… —mintió Raybum.

—¿Ha muerto?

—Sí. Por favor, Ramón; tengo hambre… Pagaré bien lo que me des de comer. Mira qué he encontrado…

Raybum abrió el saco y volcó parte de su contenido sobre la hierba. Una cascada de piedras que despedían un brillo cegador apareció ante los atónitos ojos De Soto.

—¡Rayos! —juró.

—La mayoría son diamantes, aunque también hay algunos rubíes y esmeraldas… Tome…

Raybum tomó un pedrusco y lo lanzó al aire. De Soto lo atrapó al vuelo y lo contempló con expresión admirada.

—Lo menos pesa un kilo —dijo.

Raybum sonrió.

—Si tenemos en cuenta que un quilate es la quinta parte del gramo, podrás saber fácilmente los quilates que pesa ese diamante —dijo—. Bien, ¿qué hay de la comida?

—Venga conmigo a la nave, señor. Las despensas están llenas.

—Gracias, Ramón; eres una buena persona.

De Soto se volvió. Ello le impidió ver la singular expresión que lució de pronto en los ojos de Raybum.

El tercer oficial se inclinó y agarró un trozo de diamante de al menos dos kilos de peso. Tomó puntería y lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El pedrusco alcanzó de lleno la nuca de Ramón. Se oyó un seco «croc» y De Soto se derrumbó fulminado.

Raybum se echó a reír.

—¡Idiota! ¿Suponías que iba a pagar cuatro latas de comida con algo que vale millones?

Apresuradamente, recogió todas las gemas caídas y las volvió al saco, cuya boca cerró con un cordel. Luego miró en torno suyo.

La nave estaba a cien metros de distancia. El río corría mucho más cerca.

—Tengo que deshacerme de ese cuerpo —se dijo.

Agarró a De Soto por los tobillos y lo arrastró hacia la orilla del río, en un punto donde había un pequeño escarpado de un par de metros de altura. Luego, con el pie le dio un empujón y el cuerpo

De Soto se sumergió en las aguas.

—Adiós, imbécil —dijo, a guisa de despedida.

Ya no se preocupó más del tripulante. Giró en redondo y entonces divisó el pez que Ramón había pescado poco antes.

—¡Hombre, un pez! —exclamó—. Frito con manteca estará bárbaro. Y con las ganas que tengo yo de comida fresca.

Silbando una alegre cancioncilla, sin sentir el menor remordimiento, con el saco a la espalda y el pez en una mano, caminó hacia la astronave.

CAPÍTULO XI

Jadeante y sudoroso, con el torso desnudo, Félix Bottino se afanaba en cavar la tierra.

A su lado tenía un montón de pedruscos brillantes de color rojo. Podía decirse que aquel lugar está literalmente sembrado de tales gemas.

El montón alcanzaba una altura exorbitante. Casi a cada golpe, Bottino sacaba un cristal cuyo tamaño no era inferior nunca al de su puño.

Abstraído en su labor, no se dio cuenta de que alguien, se le acercaba cautelosamente. El hombre de la barba rojiza se sentó en un saliente y contempló la afanosa labor de Bottino.

—Hola —dijo al cabo de unos minutos.

Bottino se revolvió velozmente.

—¿Quién es usted? —preguntó con acento suspicaz.

—Me llamo Tom —sonrió el barbudo—. ¿Su nombre, por favor?

—Bottino, Félix Bottino…

—Tripulante de la «A&A», ¿no es cierto?

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

—Me encontré ayer con un tipo llamado Pierre Canné. Él me dijo que había llegado en esa misma nave.

—¿Qué hace Canné? —preguntó Bottino.

—Nada. Está muerto.

Hubo una pausa de silencio.

—¿Lo mató usted? —preguntó Bottino al cabo.

Tom hizo un gesto ambiguo.

—No me quedó otro remedio —contestó—. Le dije que el metal amarillo que había hallado no era oro, aunque lo pareciera, y ello le enfureció. Quiso disparar contra mí por la espalda, pero no guardó

las debidas precauciones.

—¿Se puso furioso sólo por eso?

—Bueno, el hombre se había hecho muchas ilusiones. Como usted.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bottino.

—Usted ha estado sacando esas piedras rojas del suelo. ¿Cuál es su opinión acerca de ellas?

—Son rubíes, claro…

Tom meneó la cabeza.

—Siento decepcionarle, amigo. Nada de rubíes; corindón, simplemente. Una variedad impura del diamante, mezclada con óxido de cromo, que es lo que le confiere su color característico. No digo que no tenga cierto valor como piedra para ser empleada en bisutería de calidad, pero no se puede comparar con el rubí auténtico.

Bottino abrió la boca de par en par.

—¿Está seguro de lo que dice? —murmuró.

—¿Para qué iba a engañarle? —El barbudo se encogió de hombros—. En lo que a mí se refiere, hace tiempo ya que dejé de interesarme por los supuestos tesoros de este planeta. Hay un tesoro, ciertamente, pero no está en el suelo, sino…

—¿En dónde? —preguntó Bottino ávidamente.

Tom se echó a reír.

—Averígüelo usted —contestó. Y se puso en pie. Por encima del hombro, añadió—: Cuando lleve unos cuantos años en este planeta, sabrá dónde está el verdadero tesoro.

Y se dispuso a continuar la marcha.

Los ojos de Bottino se clavaron en el trifusil que yacía apoyado sobre sus objetos personales. Silenciosamente, sin hacer el menor ruido, caminó de puntillas hacia el arma.

Aquel extraño individuo le diría dónde estaba el tesoro. Le obligaría a hablar por la fuerza. Y si no lo hacía… un tiro en una pierna le convencería de la tontería que cometía al guardar silencio.

Ya alcanzaba el trifusil. Alargaba la mano para asirlo cuando, de pronto, oyó un estampido y sintió una especie de lanzazo en el costado derecho.

Cayó de bruces, repentinamente sin fuerzas. El dolor le llegaba hasta el otro costado. Quiso hablar, pero sólo sintió en la boca el

gusto salado de su propia sangre.

Tom se acercó a él y le dio vuelta con el pie. Bottino le contempló con ojos que ya perdían su brillo.

—¿Por qué…? —balbuceó.

—Hermano, una de las cosas que se aprenden en este cochino mundo es no fiarse de nadie —respondió Tom fríamente.

—Yo no quería…

La cabeza de Bottino se dobló bruscamente a un lado. Tom frunció el ceño.

—¿Qué habrá querido decir? —murmuró.

Permaneció inmóvil un instante. Luego alzó los hombros.

—¡Qué diablos! Él quiso coger el arma para tirar contra mí; estaba en mi derecho al defenderme.

Y sin más, dio media vuelta y reanudó su camino.

Un pequeño reguero de sangre corrió por el suelo y se confundió con un pedrusco rojo que asomaba por una grieta.

* * *

Los ojos de Phil Brent captaron de pronto un vivo destello que brotaba de un punto del suelo, situado a unos centenares de metros por delante de la proa del aparato.

—Capitán —llamó.

Roger se levantó en el acto y acudió junto al piloto.

—Diga, Phil.

—Allí veo brillar algo rojo. ¿Descendemos para investigar?

—Sí, pero con precaución —aceptó el joven.

Brent maniobró con el aparato. A los pocos momentos, Roger divisó un cuerpo tendido en el suelo.

—Cuidado, Phil —advirtió—. Veo a un hombre caído e inmóvil.

—¿Muerto, como Canné?

Ya habían hallado y dado sepultura al cadáver de Canné. Una detenida investigación sobre el terreno les había indicado la suerte corrida por su compañero Strong.

—Es probable —murmuró Roger.

Elisa se les acercó en aquel instante.

—¿Han visto algo? —inquirió.

El bote descendía con rapidez. A Roger le bastó señalar con la

mano, para que Elisa viera lo que había llamado la atención de los dos hombres.

Instantes después, las patas sustentadoras se apoyaban en el suelo. Roger tomó su trifusil, abrió la escotilla y saltó fuera.

Elisa y Brent le siguieron en el acto. Roger corrió unos metros y, de pronto, se detuvo en seco.

—¡Es Bottino! —exclamó.

Elisa lanzó un gemido de horror. El pecho del infeliz estaba cubierto de sangre ya seca.

—Ha muerto —exclamó.

Roger asintió sombríamente.

—Lo mismo que Canné, sólo que aquél fue acuchillado. —Se inclinó sobre el cadáver y lo examinó atentamente durante unos segundos—. Recibió un balazo que le traspasó el pecho —dictaminó.

—¿Por qué le mataron? —preguntó ella.

Roger volvió la vista.

—Es posible que esas piedras rojas tengan la culpa —contestó.

Brent tomó uno de los pedruscos y lo examinó atentamente.

—¡Rayos! ¡Señor, esto es un rubí que vale un imperio! —exclamó.

—Me parece demasiado oscuro para ser rubí —dijo Roger—, pero es muy posible que, en efecto, haya sido la causa de la muerte de Bottino.

—Y su asesino ha sido…

Elisa no se atrevió a completar la frase. Con ojos muy abiertos miró al joven.

En silencio, los dos pensaron en una misma persona.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de la joven. Roger comprendió que se sentía desilusionada por la actitud de su esposo.

—Phil —llamó.

—¿Señor? —contestó Brent.

—Revise las pertenencias de Bottino. Ya sabe qué buscamos, ¿no?

—Sí, señor.

Instantes después, Brent le entregaba un objeto brillante.

—La llave de conexión, señor —dijo.

—Gracias, Phil. —Roger la guardó cuidadosamente—. Bueno,

esto nos permitirá salir al espacio cuando convenga… que será muy pronto, opino.

—Pero antes me permitirá que hable con Tom —pidió ella.

—Es su esposo, señora —contestó Roger cortésmente.

Los labios de la joven temblaron.

—En el caso de que resulte ser el asesino, ¿qué le harán? —preguntó.

—Es una pregunta de difícil respuesta —dijo Roger—. ¿Quién podrá probar concluyentemente que él mató a Canné y a Bottino? Además, ¿qué jurisdicción podemos invocar para arrestarle? Si él llegó a Eldorado antes que nosotros, puede alegar que ha tomado posesión del planeta y le pertenece. Aunque lo llevásemos detenido a la Tierra, emplearía en su defensa el sencillo argumento de que dictó unas leyes de obligada observancia en Eldorado y que Canné y Bottino las violaron. ¿Qué abogado rebatiría sus alegatos?

—Como sea, es un asesino —gruñó Brent.

—Tal vez tuvo que matar en legítima defensa —dijo Roger—. Y, ¿quién prueba lo contrario?

Brent hizo un signo afirmativo.

—De todas formas, no me encontrará desprevenido, señor —manifestó—. ¿Enterramos a Bottino?

—Sí… Espere un momento, Phil.

Roger miró a la joven.

—Hemos seguido el rastro de su esposo, sin encontrarle a él hasta el momento. No obstante, es indudable que, merced al misterioso aviso recibido en su cabaña, se dirige hacia la nave. En este planeta, hay muchos sitios donde poder esconderse, de modo que lo mejor será que nos adelantemos a él y esperemos su llegada.

—No es mala idea —aprobó Brent.

—De todas formas, convendría tener a Ramón avisado. Llámele, Phil, y dígale que redoble su vigilancia.

—Sí, señor.

Acto seguido, Roger tomó el pico que había utilizado Bottino para su labor y empezó a cavar una tumba.

Elisa permanecía en pie, inmóvil, rígida como una estatua. De cuando en cuando, Roger la miraba con el rabillo del ojo.

«Sus últimas ilusiones acerca de su esposo se están disipando», fue la conclusión a que llegó al cabo de unos momentos.

Diez minutos después, Brent se asomó por la escotilla y gritó:

—¡Capitán, Ramón no contesta a mis llamadas!

* * *

El elemento óptico destacado por Ku’Kh captó con toda fidelidad la escena sucedida a orillas del río.

El cerebro número dos dijo:

—Ese ser era de buenos sentimientos. ¿Vamos a dejar que perezca? —preguntó.

El número uno analizó la situación.

—Puede salvársele —opinó.

Y luego aguardó expectante la decisión final, que debía llegar del cerebro coordinador.

—Puede salvársele —confirmó el coordinador, tras unos microsegundos de reflexión.

—Yo me encargaré de ello —dijo el cerebro número dos—. Conservo en mi memoria cómo ha de salvarse a un ser de esa clase y en sus circunstancias actuales.

El cerebro número tres continuaba durmiendo apaciblemente. Estaba muy fatigado y los otros respetaron su descanso.

Invisibles tentáculos serpentearon por el aire y se dirigieron hacia el río, sobre cuya superficie flotaba el cuerpo de Ramón De Soto. Los tentáculos le izaron en peso y lo transportaron hasta la orilla.

El cerebro número dos colocó a De Soto boca abajo. Sus tentáculos le oprimieron suavemente los costados, hasta que su estómago y pulmones quedaron vacíos del agua ingerida.

Luego le volvió boca arriba. Formando una especie de veloz remolino, los tentáculos enviaron una densa corriente de aire a sus pulmones, hasta que Ramón dio señales de recobrar la consciencia.

—Ya revive —informó el cerebro número dos, tras captar la escena por medio de uno de sus elementos ópticos destacados al lugar.

—Entonces, déjalo —ordenó el coordinador—. El resto es suyo.

Los tentáculos se retiraron sin causar el menor ruido. Pocos momentos después, Ramón abrió los ojos.

Durante unos momentos, permaneció boca arriba, tratando de rememorar lo sucedido. Al cabo de un rato, los recuerdos volvieron a su mente con toda nitidez.

Sentóse en el suelo de golpe y dejó escapar un juramento.

—¡Ese maldito Rayburn! —Gruñó—. ¡Me atacó por la espalda…!

Algo más que la memoria le ayudó a recordar el suceso: el violento dolor que sentía aún en la nuca.

Para aliviarlo, Ramón se arrastró hasta la orilla y sumergió la cabeza repetidas veces en el agua. De pronto, se dio cuenta de que estaba completamente empapado.

Una chispa de cólera brilló en sus ojos.

—De modo que, después de atontarme, me lanzó al río con la intención de que me ahogase —dijo con voz airada—. Pero ¿cómo he podido salir?

Atribuyó el hecho a su propio instinto de conservación, desarrollado aun en medio de la inconsciencia. Después, calculó, debía de haberse desmayado, al reaccionar de una manera lógica, sabiéndose a salvo, y había permanecido mucho rato sin sentido.

—Pero ahora estoy ya bien —dijo, poniéndose en pie. Miró hacia la nave, situada a unos quinientos metros del lugar en que se hallaba—. Si ese asesino se halla allí todavía, voy a darle un disgusto de los gordos —se prometió.

CAPÍTULO XII

Roger Mush lanzó el bote a toda velocidad. Temía por la suerte De Soto, un hombre a quien había llegado a apreciar sinceramente.

Ahora era él quien pilotaba el aparato personalmente. Aferrado a los mandos, miraba hacia adelante con expresión ceñuda. Elisa le contemplaba de reojo, sin atreverse a dirigirle la palabra.

Roger hizo que el bote se elevase unos miles de metros, a fin de eliminar parcialmente la resistencia del aire a su avance. En determinadas circunstancias, el aparato podía alcanzar enormes velocidades y Roger procuró apurar sus motores al máximo.

Una hora después, avistaron la nave en lontananza.

—Voy a prepararme para el aterrizaje —dijo Roger, rompiendo el largo silencio en que había caído, después de su partida.

En aquel momento, Brent divisó algo en el suelo.

—Capitán, veo a dos hombres encaminándose hacia la nave — informó.

—Use los prismáticos y procure identificarlos —ordenó el joven.

—Son Armelka y Wesserin —dijo—. Nos hacen señales de que les recojamos.

—Están a siete u ocho kilómetros de distancia —dijo Roger—. Pueden seguir perfectamente a pie.

La astronave aumentó de tamaño con rapidez. Su volumen era tal que se la podía distinguir desde quince o más kilómetros de distancia.

Minutos más tarde, volaban a menos de cien metros de altura sobre el aparato. Entonces, Brent divisó a un sujeto que corría hacia la nave.

—¡Mire, capitán; ahí va Ramón!

De Soto les divisó también y detuvo su carrera a unos cincuenta

metros de la «A&A». Roger maniobró hábilmente y, un minuto después, el bote tomaba tierra sin incidentes.

Roger abrió la escotilla. De Soto se le acercó a saltos.

—¡Capitán! ¿Dónde han estado? —exclamó.

—Eso es lo que queremos saber nosotros con respecto a usted —contestó el joven severamente—. Hace más de una hora que le hemos llamado por radio, sin recibir la menor respuesta. ¿Qué hacía usted, Ramón?

—Tratar de salvar mi pellejo, capitán.

—¿Cómo?

—El tercer oficial apareció con un saco repleto de piedras preciosas —explicó De Soto—. Dijo que se le habían acabado los víveres y que quería comprar comida. Me entregó un diamante del tamaño del puño, pero luego me atacó a traición. Ignoro con qué me golpeó; lo único que sé es que me lanzó al río para que me ahogase, pero calculo que no debí perder del todo el conocimiento y así pude salvarme.

—Entonces. ¿Rayburn sigue a bordo de la nave? —preguntó Roger, ya más calmado.

—Supongo, aunque no puedo afirmar nada en concreto, señor.

Brent intervino para formular su opinión:

—Si Raybum vino a buscar comida, se habrá dado un hartazgo —dijo—. Y si hay algo invariable en él, es dormir un rato la siesta después de llenarse la tripa. Raybum está ahí adentro, capitán —concluyó Brent enfáticamente.

—Muy bien —dijo Roger—. Entonces, le proporcionaremos un poco agradable despertar.

Y ya se disponía a encaminarse hacia la nave, cuando sintió que una mano se posaba en su brazo.

Volvió la cabeza. Elisa le miraba con expresión suplicante.

—Tenga cuidado —aconsejó—. Y no se deje llevar por la ira.

—De acuerdo —contestó él.

Instantes después, seguido por los dos hombres, penetraba en la nave. En el silencio absoluto que reinaba en su interior, no tardaron en percibir unos sonoros ronquidos.

—Lo dije y acerté —sonrió Brent.

No tardaron en encontrar a Rayburn. El tercer oficial dormía boca arriba en una litera, con el gollete de una botella vacía en una

de sus manos.

—¡Uf, cómo apesta a alcohol! —se quejó De Soto.

—Además de comer, se ha emborrachado —dijo Roger—. Muy bien, regístrenle y quítenle todo lo que tenga, menos sus ropas.

Brent y Ramón obedecieron. Unos minutos después salían de la cámara con el saco de los diamantes y el trifusil.

Roger echó por fuera el cerrojo de seguridad, tras haberse cerciorado de que el interfono funcionaba normalmente.

—Cuando despierte y se vea cerrado, ya llamará —dijo.

Regresó al comedor. Brent desató el saco y volcó parte de su contenido sobre la mesa. Un silbido de admiración se escapó de sus labios al contemplar el brillo de las piedras.

—¡Vaya fortunón! —exclamó.

Elisa dijo:

—Los diamantes son simple cuarzo y las piedras rojas y verdes, variedades corrientes de corindón. Útiles, decorativas si se quiere, de bastante valor según el uso a que vayan destinadas, pero no tan valiosas como si fuesen diamantes, rubíes o esmeraldas auténticos.

Roger miró a la joven con aire de sorpresa.

—Está muy bien enterada de las peculiaridades mineras de Eldorado —observó.

—Tengo motivos para ello —respondió Elisa sobriamente. Luego preguntó—: Capitán, ¿puedo retirarme a mi camarote? Me siento fatigada…

—La nave es suya, señora Hyam —respondió él cortésmente.

Los tres hombres se quedaron solos. De Soto puso a calentar la cafetera.

—Bueno —dijo Brent—, no serán piedras preciosas auténticas, pero algún dinero ya se podrá sacar de ellas. ¿No le parece, capitán?

Roger demoró la respuesta unos momentos.

Acercándose a uno de los ventanales, puso sus manos a la espalda y contempló el paisaje. La atmósfera poseía una limpidez y una claridad realmente extraordinarias.

Un extraño resplandor bañaba el ambiente con una luz singular, como el joven no había visto hasta su llegada al planeta. La vista que se contemplaba desde allí era maravillosa.

—En Eldorado hay algo mucho mejor que el oro y las piedras

preciosas —dijo al cabo—. Naturalmente, no niego que se encuentre, si se busca con ahínco, oro auténtico y gemas auténticas, pero creo que su proporción será análoga a la de la Tierra. El verdadero valor de este planeta reside en…

—¿En qué, capitán? —preguntó De Soto, mientras llenaba las tazas.

—En su suelo.

De Soto y Brent comprendieron inmediatamente el significado de aquella respuesta.

—¿Se quedaría usted a vivir aquí, capitán? —preguntó el segundo.

—¿Como un granjero? —añadió De Soto.

Roger asintió.

—Sí —contestó. Y tras un leve titubeo, agregó—: Pero no solo.

Brent y De Soto se miraron en silencio.

Ambos comprendían, sin necesidad de palabras, cuál era la pareja que elegiría Roger, de poder llevar a la práctica sus deseos.

Pero aquella elección le estaba vedada; otro, antes que él, la había conseguido.

—Vamos, capitán —dijo Ramón, después de un corto silencio—, déjese de fantasías y tómese el café antes de que se enfríe.

Armelka y Wesserin llegaron hora y media más tarde. Venían asqueados hambrientos y desilusionados.

—En este maldito planeta no hay oro ni piedras preciosas ni nada que le parezca —declaró Armelka.

—No hemos conseguido encontrar oro ni para comprar un paquete de cigarrillos —declaró el segundo.

—Está bien —dijo Roger, tras aceptar sus excusas—. Creo que esto les servirá de lección. Fallecido el capitán Coutts, yo he tomado el mando de la nave. Confío en que, después de haberse repuesto, no intentarán una segunda deserción.

—Haremos lo que usted mande, señor —dijo Armelka.

—Obedeceremos sus órdenes sin discusión —prometió Wesserin humildemente.

Dos horas más tarde, sonó un vozarrón:

—¡Eh! ¿Hay alguien en la nave?

Los gritos del prisionero despertaron a Roger. De Soto acudió corriendo a pedirle instrucciones al respecto.

—Tráigalo a la cámara de mando, pero vigílelo atentamente —ordenó.

—Sí, señor.

Rayburn compareció minutos más tarde, sucio, desgreñado y con la ropa en desorden.

—Hola, Roger —saludó—. Siento presentarme de esta manera…

—Ahora soy el capitán —le interrumpió el joven fríamente—. Coutts murió y yo he tomado su puesto, con la ausencia de la propietaria de la nave. Conviene que se meta esto bien en la cabeza, Mill.

—Bueno, yo siento mucho lo del capitán; pero ¿qué puedo hacer…?

—En primer lugar, explicar por qué atacó a Ramón y lo arrojó luego al río. Después nos dirá qué le ha ocurrido a Nigel Varga, el que si mal no recuerdo, se marchó de pareja con usted y aún no ha regresado a la nave. Mill, aguardo sus explicaciones.

Rayburn palideció.

—Capitán, Ramón debió de caerse al río. Yo… estaba comiendo, en la nave…

De Soto hizo un gesto de cólera, pero Roger le contuvo con un ademán.

—Siga, Mill —invitó—. ¿Qué le sucedió a Varga?

—No… no lo sé… Nos separamos y…

—Buscaremos su cadáver —dijo Roger fríamente—. Estoy seguro de que lo asesinó para quedarse solo con el supuesto yacimiento de piedras preciosas, que no son tales. En cuanto a lo de Ramón, el bulto que tiene en la nuca desmiente por completo sus palabras.

Raybum estaba lívido.

—¡Capitán, le aseguro que yo…!

Roger le miró con desprecio.

—Usted era el tercer oficial. No le acuso de no oponerse al motín, yo mismo obré así, dado que los ánimos estaban muy excitados en aquellos momentos; pero, por lo menos, podía haber dado ejemplo, quedándose en la nave. Ahora, no sólo no ha conseguido la riqueza que ambicionaba, sino que se ha convertido en un asesino. ¡Ramón, enciérrelo hasta que regresemos a la Tierra, donde será juzgado por motín y homicidio!

Los ojos de Rayburn miraron extraviadamente a su alrededor.

—¡No es cierto! —chilló de repente—. Lo que quieren ustedes es quedarse con mis piedras preciosas…

Ramón se hartó. Alzó el brazo y descargó el puño en la nuca de Raybum, derribándolo fulminado al suelo.

—Lo siento, señor, pero era la única manera de hacerle callar.

Roger hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Lléveselo —dispuso lacónicamente.

Roger se quedó solo. Era ya de noche y la oscuridad en torno al aparato era completa.

Las horas pasaron lentamente. El nuevo día le sorprendió dormitando, sentado en un cómodo sillón, junto a uno de los ventanales.

Sacudió la cabeza y se tomó una ducha para despejarse. Luego ingirió un par de tazas de café. Entonces llegó Elisa.

—Buenos días, capitán —saludó ella cortésmente.

—Buenos días, señora. ¿Quiere un poco de café? —invitó Roger.

—Si no le representa molestia, se lo agradeceré.

Roger llenó una taza y se la entregó. Disimuladamente, observó a la joven.

Elisa debía de haber pasado una mala noche. Sus ojos estaban rodeados por unos círculos violáceos y sus mejillas aparecían limpias de color.

Ella tomó el café en silencio. De pronto, dijo:

—Capitán, ¿le gustaría saber por qué abandoné a mi marido en este planeta?

—Si sus palabras van a ser forzadas, no diga nada —respondió Roger.

Elisa sacudió la cabeza.

—Tiene derecho a saberlo, Roger —dijo, suprimiendo el tratamiento ceremonioso—. Cuando me casé con Tom, yo tenía veintiún años. Estaba enamorada de él, no lo niego… y le hubiera seguido hasta el fin del mundo, como le seguí hasta Eldorado.

—¿Vinieron los dos solos? —preguntó él.

—Sí. Tom era… es un astronauta expertísimo. A parte de que conoce otras ciencias a la perfección. Sin embargo, estaba poseído por la ambición y la codicia y dijo que aquí podríamos hacernos ricos. No entraré en detalles; sólo le diré que, a las pocas semanas de nuestra estancia en el planeta descubrió que el supuesto metal

amarillo no era oro y que las piedras preciosas no eran tales.

»Supongo que eso perturbó su mente de manera considerable. La vida, a su lado, empezó a convertirse en un infierno —continuó ella, con voz agitada—. Yo pensé en huir, pero no sabía pilotar la nave y me era forzoso continuar a su lado. Tom no quería abandonar el planeta de ninguna manera; decía que un día u otro acabaría encontrando la riqueza que indudablemente existía aquí.

»La situación se agudizó. Hubo día en que llegué a creer que iba a matarme. Incluso me golpeó en un par de ocasiones. Entonces descubrí algo sensacional.

»La atmósfera de Eldorado posee unas cualidades vigorizantes extraordinarias. Caí gravemente enferma; por los síntomas reconocí que se trataba de una pulmonía doble, complicada con una fuerte infección paratífica. Tom no se preocupó siquiera de mí, obsesionado con sus ideas de conseguir la riqueza a toda costa.

»Extrañamente, me curé en dos días y en dos más me restablecí casi por completo. Una semana después, no quedaban en mí rastros de la enfermedad. Yo era muy joven entonces, pero al mirarme al espejo me vi como una muchachita de dieciocho años. Tenía que haber envejecido durante la enfermedad, pero me levanté de la cama más joven, más fuerte y vigorosa que nunca.

—No es una vieja ahora, precisamente —observó Roger, sonriendo—. ¿Y qué más?

—Entonces, alguien me enseñó a pilotar la nave y escapé.

CAPÍTULO XIII

Roger contempló a la joven, sumido en un incrédulo silencio. Ella le observó y movió la cabeza de arriba a abajo.

—Así es —confirmó—, aunque le resulte difícil creerlo. Le aseguro que, cuando llegué a Eldorado, no entendía nada se astronáutica. Cuando zarpé, era tan hábil como el más experto piloto… como mi esposo.

—Pero ¿quién le enseñó a manejar una astronave? ¡Eso no es cosa que se aprenda en… una semana, ni en años, siquiera! Los conocimientos que se precisan para pilotar una nave espacial, son tantos que…

Elisa se pasó una mano por la frente.

—Roger, tengo la impresión de que Eldorado está habitado por un ser de inteligencia superior a la nuestra —dijo—. No sé qué forma tiene, no le he visto jamás… y no sé, por tanto, si es alto, bajo, con tentáculos, invisible o… Pero recuerdo claramente que, una vez restablecida, caí en un profundo sueño, que se repitió unas cuantas noches.

»Durante el sueño, alguien murmuraba palabras incomprensibles a mi oído. No las entendía mientras dormía, pero, al despertar, notaba que había adquirido una serie de conocimientos extraordinarios.

»Tom no era, de ello estoy absolutamente segura. No disponíamos de máquinas hipnopédicas y… además…

Elisa le miró, súbitamente enrojecida.

—Hacía ya semanas que ocupábamos cámaras distintas —dijo.

Roger movió la cabeza.

—Comprendo. Siga —invitó.

—Bien, llegó el momento en que, por una rara manifestación del

subconsciente, cuyo origen desconozco, me di cuenta de que «sabía» manejar la nave. No lo dudé más y una noche, aprovechando el momento de la cena, propiné a Tom un fuerte narcótico, lo saqué fuera de la nave, que era nuestro habitáculo, le dejé armas y provisiones y luego despegué.

—Y consiguió llegar a la Tierra.

—Sin la menor dificultad.

—¿Qué pasó después, Elisa?

—Transcurrieron algunos años. Empecé a reflexionar y sentí remordimientos. ¿Había comprendido bien a Tom?, me preguntaba incesantemente. ¿Había tratado de ser para él la esposa fiel, leal y comprensiva que todo hombre desea al casarse? Llegó un momento en que no lo dudé más y armé la expedición. Pero yo no podía dirigirla porque no tenía el título y… ¿a quién hubiera explicado la forma que había aprendido a pilotar una astronave?

—Es lógico. De modo que vino a Eldorado a rescatar a su esposo.

Elisa le dirigió una larga mirada.

—Me creí en el deber de hacerlo…

—La comprendo perfectamente —dijo Roger—. Pero deseo saber si ése fue el único motivo que la impulsó a organizar la expedición.

—¿Podía haber otro? —preguntó ella.

—Las leyendas hablaban de fabulosas riquezas en Eldorado.

—Que han sido desmentidas por la realidad.

—Hasta cierto punto, solamente —adujó él—. Hay en Eldorado una infinita riqueza, aunque no de la clase con la que sueña el común de las personas. Usted sabe bien a qué me refiero, Elisa.

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Sí, pero insisto en el hecho de que yo no buscaba la riqueza, pese a que pueda parecer todo lo contrario. Sólo quería hallar a mi esposo. Y sé que viene a la nave, Roger.

—Avisado por un misterioso personaje, cuya identidad desconocemos por completo.

—En efecto, así es.

Roger reflexionó unos instantes.

—Elisa, cuando alistó la nave, usted contrató una tripulación digamos normal. Estuvimos en el espacio casi un año, buscando este planeta. Si antes fue capaz de volver sola a la Tierra, ¿cómo ahora

no supo encontrar el camino a Eldorado y ahorrarnos así, por lo menos, de seis a ocho meses de astronavegación?

—Si usted pilotara una nave sumido en una especie de trance hipnótico y, a pesar de ello, sorteando todos los peligros, consiguiera alcanzar su punto de destino, ¿sabría después, al recobrar la normalidad de la mente, volver por la misma ruta?

—De modo que salió de Eldorado bajo hipnosis.

Elisa se pasó una mano por la frente. Luego, lentamente, se acercó a uno de los ventanales.

—No lo sé a ciencia cierta —dijo—. Aún no he podido hallar la respuesta adecuada para muchas preguntas que me han mantenido desvelada noches enteras. Pero si no es la hipnosis, ¿qué otra cosa podría explicar mis repentinos conocimientos sobre navegación interestelar?

Roger pensó de repente en la plancha de metal dorado que había encontrado en la cabaña.

—¿Opina que tal vez pudo hacerlo el ser que dejó el mensaje para su esposo? —preguntó.

—No lo sé, Roger, no lo sé —contestó ella, profundamente conturbada—. Le he dicho cuanto…

—Usted habló antes del subconsciente. ¿Y qué es la hipnosis, sino la influencia de una persona sobre el subconsciente de otra, no importan los medios que se empleen para provocar ese estado?

—Entonces, es posible que ese ser me infundiera los conocimientos precisos para manejar la nave y escapar de Eldorado. No encuentro otra explicación posible, Roger.

—Es la única, creo yo; y, si he de decir la verdad, estoy ardiendo en deseos de conocer a ese enigmático personaje, con el cual no nos hemos topado todavía.

Roger llenó de nuevo las tazas de café y le entregó una.

—Beba —recomendó—. Lo importante, que era encontrar a su esposo, puede decirse que está prácticamente conseguido. Dentro de unos días lo tendremos aquí, Elisa.

Ella asintió en silencio. Roger se dio cuenta de que ya no quería seguir conversando más y, discreto, se retiró, dejándola a solas con sus amargos pensamientos.

* * *

El segundo cerebro de
Ku'Kh
dijo:

—Una conversación muy instructiva.

—No nos hemos portado demasiado bien —se acusó el primer cerebro—. Hemos penetrado en la intimidad de dos personas.

—Tal vez era necesario para nuestros fines —dijo el cerebro coordinador.

—¿Lo crees así? —preguntó el cerebro número dos.

—Estoy convencido de ello. Y una vez más, y espero que sea la última, entraré en la intimidad de una de esas dos personas. Conviene que lo haga, por el bien de nuestro mundo.

El cerebro coordinador hizo una pausa de un microsegundo de duración.

—La soledad empieza a abrumarme —agregó, hablando como un todo—. Es hora ya de que en este mundo empecemos a estar acompañados.

Los cerebros números uno y dos asintieron al mismo tiempo. El coordinador tenía razón.

Aquella noche, Roger Mush soñó.

Por lo menos, eso fue lo que creyó en el momento de abrir los ojos. Pero, cuando despertó del todo, se dio cuenta, con notable asombro, de que sabía una cantidad de cosas sobre Eldorado que antes ignoraba y que, estimó, podían tener una incalculable influencia en su futuro.

* * *

Apostado en una de las ventanas de la nave, Ramón De Soto avistó al hombre que avanzaba lentamente hacia la nave.

—¡Capitán —gritó—, ahí está!

Roger se hallaba en su cámara, haciendo algunas anotaciones en el diario de a bordo. Oyó la voz De Soto y, sin necesidad de más explicaciones, supo quién era el que llegaba.

Dejó la pluma a un lado y se puso en pie, dirigiéndose hacia la escotilla de acceso. A pie firme, esperó en el umbral.

Tom Hyam llegó al pie de la escalerilla y le miró.

—Hola, terrestre —saludó.

—Bienvenido a bordo, señor Hyam —contestó Roger—. Suba, le estábamos esperando.

Hyam arqueó las cejas.

—¿Me esperaban? —preguntó.

—Sí, señor Hyam. Permítame que me presente. Soy Roger Mush, comandante de esta nave. Tenga la bondad de pasar, se lo ruego.

Hyam ascendió por la escalerilla y contempló al joven con aire especulativo.

—Supongo que Ku'Kh les habrá avisado —dijo.

—Leímos la nota que usted dejó abandonada en la cabaña. Tratamos de buscarle, pero al no encontrarle, decidimos regresar a la nave, seguros de que acabaría por llegar.

—Simpático Ku'Kh —rió Hyam fuertemente—. Un poco entrometido, pero favorecedor de los terrestres. ¿Piensan emprender pronto el regreso?

—En cierto modo, no depende de mí, señor Hyam…

Roger condujo a su huésped al comedor y le indicó una silla.

—Siéntese —invitó—. ¿Café?

—Gracias. Hace cuatro años que no lo pruebo, ¿sabe? He hecho, aunque no voluntariamente, de Robinsón del espacio. No es agradable permanecer solo tanto tiempo.

—Su soledad se ha acabado, señor Hyam —dijo Roger, poniéndole delante una taza de café—. ¿Cigarrillos? —Hyam negó con la cabeza y el joven continuó—: Antes dije que el regreso no dependía totalmente de mí. Le diré quién puede disponer la vuelta Es la propietaria y armadora de la nave. Su esposa, Elisa Hyam.

El barbudo dejó lentamente la taza sobre la mesa.

—¿Está aquí Elisa? —dijo, atónito.

Roger se apartó a un lado. Elisa apareció en aquel instante bajo el dintel de la puerta de entrada al comedor.

—Aquí estoy, Tom —habló con voz serena—. He venido a reparar la falta que cometí, dejándote abandonado en este planeta.

Hyam se puso lentamente en pie. Una chispa de ira brilló en sus ojos, pero supo dominarse con presteza y sus labios se distendieron en una amplia sonrisa.

—Vaya, vaya —dijo—. Estás guapísima, Elisa; mucho más que cuando te marchaste. Hay que reconocer que estos cuatro años que han pasado por ti te han sentado estupendamente. ¿No le parece así, capitán Mush?

—Les ruego me perdonen —dijo Roger evasivamente—. Después de tanto tiempo, estimo que les agradará más quedarse a solas.

Elisa alzó una mano.

—No se vaya, capitán. —Creo que tiene pleno derecho a saber lo que hemos de hablar Tom y yo. A fin de cuentas, está relacionado con nuestro posible regreso a la Tierra.

—Ah, ¿sólo posible? —preguntó Hyam—. ¿No está resuelto todavía?

—Depende de ti —contestó ella.

—No te entiendo. Explícate, por favor —pidió Hyam imperativamente.

—Quiero que recuerdes las causas por las cuales te abandoné. Andando el tiempo, sentí remordimientos y vine a buscarte. ¿Aún persistes en tu primitiva idea?

Hubo un momento de silencio. Luego, Hyam preguntó:

—¿Qué sucedería si te contestase afirmativamente? ¿Volverías a irte, dejándome abandonado por segunda vez?

—No he venido aquí para ello, Tom. —Serenamente, Elisa añadió—: Sólo quiero conocer tu forma actual de pensar al respecto. Es lo único que te pido… antes de decirte que, digas lo que digas, volveré a tu lado para siempre. Pero quiero saber a qué atenerme, ¿comprendes?

Hyam sonrió.

—¡Pues claro que pienso igual que hace cuatro años, Elisa! ¡Todavía confío en hacerme inmensamente rico en este planeta!

CAPÍTULO XIV

Al oír aquellas palabras, Elisa cerró los ojos un instante. Su pecho se agitó tumultuosamente y puso una mano sobre la mesa para apoyarse en ella.

—Está bien —dijo, mirando a su esposo—. Era todo lo que quería saber, Tom. Personalmente, opino que estás equivocado, pero ahora me esforzaré por ser más paciente y comprensiva contigo. Si quieres quedarte aquí, yo me quedaré a tu lado.

Se volvió hacia Roger.

—Capitán, queda liberado de cualquier compromiso que tenga conmigo. Le firmaré los documentos de cesión, para que pueda volver a la Tierra cuando guste. Desde este momento, es usted propietario de la nave.

—Elisa, yo… Está bien —dijo Roger, adivinando por la expresión de la joven que su decisión era irrevocable—. Espero, sin embargo, que el señor Hyam sepa comprender algún día dónde está la verdadera riqueza en Eldorado.

—Amigo, no se meta usted en mis asuntos —contestó Hyam desabridamente—. Tarde o temprano, encontraré un buen filón; este maldito planeta es muy parecido a la Tierra y… ¿Por qué diablos no iba a encontrar una buena mina de oro o un valioso yacimiento de diamantes? Incluso con el cuarzo y el corindón, que aquí abundan a patadas, podría obtener una saneada fortunita… pero, como digo, no desconfío de encontrar un día la veta que me haga rico de la noche a la mañana.

En el rostro de Hyam, Roger advirtió los síntomas indudables de la obsesión que le dominaba. Íntimamente, compadeció a Elisa y la admiró por la valerosa decisión adoptada.

—A su gusto, señor Hyam —dijo—. Al menos debo felicitarme

porque su esposa le haya encontrado.

Hyam miró a Elisa.

—No pareces muy contenta de volver a verme —observó.

—Esperaba que el tiempo y la experiencia te hubieran hecho cambiar de opinión —respondió ella.

—¡Sigo pensando lo mismo! —exclamó Hyam fuertemente—. Si quieres quedarte, quédate, pero no me vengas con quejas y lamentaciones. Tómame como soy o déjame, eso es todo.

—No me queda otro remedio que aceptarte como eres, Tom —dijo Elisa con voz inexpresiva.

—Pero no te quedas por amor a mí; te quedas porque lo consideras obligación tuya, ¿no es así?

Elisa no contestó. Un profundo silencio invadió la estancia.

Los ojos de Hyam estudiaron el rostro de la joven durante un momento. Luego fueron al de Roger.

Una sonrisa burlona curvó sus labios.

—Ahora lo entiendo —dijo—. Durante el viaje, te has convertido en la amante de ese hombre…

—¡Basta! —gritó Elisa—. Puedo tolerarte muchas cosas, pero no que me insultes y menos aún al capitán Mush, que es una persona honrada y decente.

—¿Lo ves? ¡Eso confirma mis suposiciones!

—Será mejor que me retire —terció Roger, en vista de que la discusión se agriaba—. Por supuesto, señor Hyam, rechazo contundentemente esas gratuitas suposiciones y confío en que el buen sentido le hará pedir perdón a su esposa. Señora…

Roger giró sobre sus talones y se dispuso a abandonar la cámara. Entonces Hyam, despechado, ciego por la ira, levantó el trifusil que no había abandonado un solo instante y apuntó a la espalda del joven.

Elisa gritó agudamente. Roger empezó a volverse, dándose cuenta de que, por mucha rapidez con que actuase, ya no podría impedir que saliera el tiro fatal.

Entonces la atmósfera se enturbió un tanto y se produjo un velocísimo remolino en torno a Hyam. El disparo salió alto, pero el remolino no cesó; antes acentuó su velocidad de rotación, envolviendo a Tom por completo.

Elisa retrocedió un paso, espantada por lo que veía. Roger abrió

los ojos desmesuradamente.

Hyam empezó a girar también, despacio al principio, con mayor velocidad a cada segundo que transcurría. Gritos inarticulados se escapaban de su boca, confundiéndose con un oscuro zumbido que salía de aquella masa de aire en movimiento que, sin embargo, no afectaba el resto de la atmósfera.

Los demás tripulantes acudieron en tropel al oír los gritos. Desde la puerta que daba al resto de la nave contemplaron asombrados el extraño fenómeno.

Los gritos de Hyam se transformaron en un agudo chillido, de tonos sostenidos, semejante a una sirena de incalculable potencia. Súbitamente, el remolino se estiró por la parte superior y, curvándose, partió disparado hacia la escotilla de acceso.

Roger reaccionó y se lanzó hacia la salida. Cuando se asomó a la escotilla, sólo pudo ver a lo lejos una especie de nubecilla semitransparente, que se alejaba con grandísima rapidez.

El alarido de Hyam llenó la atmósfera un instante; luego decreció con rapidez, hasta dejar de oírse por completo.

* * *

Aquella noche, Ku'Kh penetró en las mentes de Roger y Elisa durante su sueño.

—Es la última vez que lo hago —dijo el ser—. No es bueno que nadie, quienquiera que sea, penetre en el cerebro de otra persona, pero yo debía hacerlo.

—¿Qué ha sido de Tom? —preguntó Roger, sin despertarse.

—Está… Es difícil de explicar. Es, pero ya no es el que era; ahora forma parte de mí. Está integrado en mi mente y en mi cuerpo, pero la transformación que ha sufrido no puede reinvertirse. Se quedará en mí y aprovecharé sus conocimientos, nada desdeñables, por cierto.

—Entonces ¿qué será de nosotros ahora?

—Vivo solo en Eldorado, desde hace cientos de siglos. La soledad empieza a cansarme. Necesito compañía.

—¿Y crees que podemos dártela?

Roger creyó percibir una sonrisa en el latido mental de

Ku'Kh.

—Para mí, un siglo es equivalente a uno de vuestros días —contestó el ser—. Ciertamente, no soy inmortal; soy… un ser distinto a vosotros; eso es todo. Viviré muchísimo más, pero un día acabaré por extinguirme, morir lo llamáis vosotros, una ley dictada por el Todopoderoso y a la que nadie puede sustraerse. Sin embargo, antes de que eso suceda, habré tenido vuestra compañía.

—¿Viviremos tanto como tú?

—Por supuesto que no. Estrictamente, no seréis vosotros los únicos que me acompañéis en mi soledad. Es preciso poblar este planeta. Y vosotros empezaréis a hacerlo. Y entonces hallaréis la verdadera riqueza.

Hubo una corta pausa. Luego
Ku'Kh
dijo:

—Ya no volveremos a relacionarnos más. Yo, sin embargo, os veré y os sentiré, pero no os causaré ningún mal ni tampoco intervendré en vuestras acciones. A partir de ahora, hallar la auténtica riqueza de este planeta será cosa vuestra. ¡Adiós!

Cuando Roger se levantó a la mañana siguiente, salió de la nave y caminó unos cuantos pasos sobre la hierba. Le pareció que la atmósfera era más clara y que el sol brillaba con más fuerza.

Elisa se le acercó a poco. Su rostro tenía algo mejor color y parecía más animada, aunque todavía conservaba una expresión de pena.

—Esta noche he hablado con el ser —dijo.

—Yo también —contestó Roger.

A Elisa le pareció una cosa muy natural.

—No lo veremos nunca, pero no creo que importe, ¿verdad?

Roger meneó la cabeza.

—No. Hace noches,
Ku'Kh
me habló en sueños y me explicó muchas de sus peculiaridades: sus cuatro cerebros, su enorme volumen físico, que le hace permanecer inmóvil, confundido con el suelo; él fue quien apartó a los lobos del doctor Moreno y de otro de nuestros compañeros…

Roger calló un instante. Luego continuó:

—

Ku'Kh
confirmó tus suposiciones acerca de la atmósfera de Eldorado. Posee ciertas cualidades vigorizantes, que alargan la vida en cierta medida algo mayor de lo común en la Tierra. Ése es uno de los tesoros del planeta.

—¿Hay otros? —preguntó Elisa.

Roger golpeó el suelo con un pie.

—Éste es uno más —contestó—. Producirá todo lo que necesitemos nosotros y cuantos lleguen a colonizar el planeta y que serán bien acogidos si llegan con limpieza de mente y de corazón.

—¿Nada más? —volvió a preguntar ella.

Roger la miró intensamente. Elisa comprendió su silenciosa respuesta.

—Tenemos que preparar la partida —dijo él.

—¿Nos vamos, Roger?

—Ahora conozco exactamente la posición de Eldorado en la Galaxia. A una semana luz hay un puesto avanzado, una especie de fuerte espacial, en donde podremos dejar a Raybum, anunciar nuestro descubrimiento y proveernos de cuanto necesitemos aquí. También hay…

—¿Qué, Roger?

El joven sonrió.

—Hay una capilla donde podremos casarnos —contestó.

Elisa se ruborizó ligeramente.

—Roger —suspiró.

Le tendió su mano. Roger la tomó en silencio. La mirada de Elisa era clara, límpida, como la atmósfera del planeta.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.

6 TIROS

SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espias.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.





LUIS GARCÍA LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.